

Domínici Hernández

ELEGIA EPISTOLARIO





Biblioteca Nacional

Wig

DR. SANTOS A. DOMINICI

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

ELEGIA

A L

DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ

EN EL VIGESIMO QUINTO ANIVERSARIO DE SU MUERTE,
LEIDA EN EL ACTO CONMEMORATIVO QUE LE DEDICO
LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA
EL 29 DE JUNIO DE 1944

ESCUELA TECNICA INDUSTRIAL
TALLERES DE ARTES GRAFICAS
CARACAS-1944

Ciudadano Presidente de la República,

Señores Delegados de las Cámaras Legislativas,

Ciudadanos Ministros del Ejecutivo,

Ilustrísimo señor Arzobispo Coadjutor,

Excmo. Señor Obispo de Usulután,

*Presidentes e Individuos de las Academias de la Lengua,
la Historia y las Ciencias,*

*Señores Rector, Vicerrector y Profesores de la Ilustre
Universidad Central,*

Colegas y Estudiantes,

Señoras y Señores todos:

Por insinuación de un distinguido colega hame designado la Academia Nacional de Medicina para llevar la palabra en el homenaje con que hoy conmemoramos el vigésimo quinto aniversario de la muerte de uno de sus más esclarecidos miembros, el doctor José Gregorio Hernández. Al insinuar mi nombre para tan honroso encargo, recordó el colega la íntima amistad, el fraternal cariño que durante casi toda la vida nos unió a Hernández y a mí. No vengo, pues, a pronunciar el clásico discurso de orden, rígido, empinado, altisonante; ni a repetir los condolidos panegiricos que aquella vida singular arrancó a la pluma y a los corazones de nuestros más encumbrados médicos y escritores, como también a los humildes. Ciñéndome a la intención del colega, su-

bo a esta tribuna a hacer simplemente el sencillo relato de aquella amistad rememorando anécdotas e impresiones de apariencia trivial; pero que en mi sentir pintan el gran carácter y la excelsa virtud de mi inolvidable amigo—dulce rumor de cantarina fuente y de músicas brisas que bruscamente fenecen con tonos de elegía. Tendré que hablar mucho de mí, porque su vida y la mía fueron por largos años una sola y misma vida.

No había cumplido aún trece años y medio cuando José Gregorio bajó de la sierra trujillana, de Ysnotú, el terruño nativo, a Caracas, a cursar las materias del bachillerato en el Colegio Villegas, instituto docente de gran nombradía entonces. Nos encontramos por primera vez en la Secretaría de la Universidad, a la vera de los veinte años él, y yo en la raya de los quince. Ponia él matriculas para cursar el tercer año de Medicina; yo me inscribía para comenzar el estudio de la misma ciencia.—“Vamos a estudiar juntos”, dijome. Poco tiempo después caía gravemente enfermo; al convalecer repitióme su halagadora invitación, que acepté gustosamente. Desde aquel momento, durante casi cuatro años, no nos separábamos sino en las horas indispensables: él pasaba conmigo la mayor parte del día en la biblioteca de mi padre; a veces iba yo a la casa de pensión que él habitaba. Para el muchacho que llegaba a la Universidad de estudiar Filosofía en suelo extraño y se aventuraba en disciplinas desconocidas, la guía de quien ya las había trillado ventajosamente era valiosísima; al propio tiempo el compañero aprovecharía el repaso y la explicación de materias ya estudiadas para grabarlas más hondo en el cerebro. Su idea era, pues, tan original como feliz. Pronto los textos de la Facultad nos parecieron deficientes; pedimos a París las obras más recientes y completas de Anatomía, Fisiología, Patología, Terapéutica e Higiene, manantiales en que bebíamos ávidamente. En ocasiones notábamos con secreta fruición la alarmada sorpresa del Catedrático cuando al desarrollar alguna tesis o cuestión que él nos proponía empleábamos argumentos o datos que no constaban en los textos, ni siquiera en los últimos libros llegados a Caracas. Hernández solía asistir a mis clases; de vez en cuando presenciaba yo las suyas. Pero, no fué sólo Medicina lo que con sedienta avidez absorbimos en aquellos años. Leíamos de todo, en español, francés e inglés: bellas letras, arte, poesía, todos los clásicos; historia, ciencias naturales, filosofía. Verdadera lujuria de aprender, libidine de saber, llamóla San

Agustín. Mientras tanto, hablábamos sin cesar de las materias leídas en el curso del día y con frecuencia ocurríamos al buen criterio, a la humana sabiduría de mi padre. A pesar de nuestra venezolanidad, nunca fué la sórdida política criolla tema de nuestros coloquios: él no le hacía el menor caso, yo la ignoraba por completo entonces. He sabido, no obstante, que Hernández escribió más tarde y dejó inéditas acertadas observaciones sobre nuestros gobiernos, las ventajas de la inmigración española, etc.

¡Felices días aquellos de sana juventud, jamás revividos! Sentíamos la inefable euforia de cómo se distendían las casillas del cerebro con insospechados conocimientos, cómo brotaban las ideas antes no germinadas. Vivíamos con la muy especial satisfacción de saber cada día algo más que el anterior, de comprender mejor los fenómenos de la vida, los procesos de la Naturaleza, de intimarnos más con lo pasado. Euforia y satisfacciones apenas comparables con las de crear, inventar o descubrir. Así, plenos y felices deslizáronse aquellos años de comunión universitaria.

En aquel tiempo, dos o tres veces al año, venía a Caracas de su curato guariqueño el Padre Colmenares y se alojaba en la pensión que Hernández habitaba. Moreno, cincuentón, jovial, de buena presencia, pocas luces y mucha honestidad. Solía contarnos chistes, no mal intencionados, del sacristán, las parroquianas, la feligresía, que él mismo celebraba con sonoras carcajadas. Hernández le componía los sermones, qué el buen cura se aprendía de memoria y recitaba luego cuatro o cinco veces en las visitas a las parroquias aledañas. Mi amigo lo miraba con sumiso respeto y me decía: "El sacerdocio es lo más grande que existe sobre la tierra: yo me haría sacerdote si no me sintiese tan indigno de ese favor divino".

La única distracción de nuestra faena estudiosa consistía en la visita que, sin falta, hacíamos los domingos a una familia amiga. A las tres de la tarde entrábamos en la amplia y elegante mansión colonial que por un lado orlaba el más extenso y florido jardín caraqueño. La señora de la casa había muerto recientemente; el jefe de la familia, anciano ilustre, alto, enjuto, adusto, la barba bien rapada, solía entrar al salón a saludarnos. Nos recibían con gran tono dos hijas suyas, entre los cuarenta y cincuenta años, y una primorosa niña no lejos de los quince, cuya belleza y natural recato esplendían en aquel ambiente monacal. La visita, muy ceremoniosa, no duraba más de media hora. Confieso que al principio me

imaginé que mi amigo se había prendado de aquella hermosa criatura. Acaso también lo pensaron así las damas. Pero, no tardé en convencerme de que el móvil y la razón de aquella asiduidad eran pura amistad y simpatía. La encantadora señorita fué luego, a la par de la madre y de la tía, gran señora; y afortunadamente lo es aún. Hernández nunca reveló pasión de amor. Sin embargo, de humor jovial entonces, extremadamente afable, placiante las diversiones, la tertulia, la música, el baile, con gente, eso sí, que había de ser de alta prosapia. Era muy músico, tocaba el piano con sentimiento y gusto; las piezas que con más frecuencia le oí eran las composiciones de Lotis Moreau Gottschalk, pianista y compositor norteamericano. Más tarde instaló en su dormitorio un armario, en el cual del Salterio de David cantaba salmos al Señor. Nos deleitábamos en París con los clásicos conciertos de Lamoureux, y le ví suspendidos los sentidos en la Gran Opera con la música celestial de Lohengrin.

Mi amigo era aristócrata, no tanto porque descendiese en línea recta de hidalgos de solar conocido y empenachado blasón desde el décimo siglo, sino porque lo era en sus gustos, preferencias y hábitos. Fundador de la colombiana ciudad de Ocaña, en 1576, fué el primer Hernández que vino a América. Nunca ví que hiciese gala de su alcurnia; supe de una sola ocasión, muy especial, en que creyó deber sacarla a relucir. Prueba de que en la sangre bullía la devoción por la grandeza y la realeza de la tierra de sus progenitores, es el siguiente rasgo. Infatigables andariegos, salimos una tarde del verano de 1890 a caminar por las calles y parques de París; dejamos el Barrio Latino, pasamos el Sena por la Plaza de la Concordia, seguimos los Campos Eliseos hasta la Estrella del Arco de Triunfo, y de allí torcimos por la Avenida de Kleber hacia el Trocadero: camino que habíamos recorrido en muchos días festivos anteriores. Al pisar la acera del Palacio de Castilla un portero vistosamente uniformado nos hizo seña de que nos detuviésemos: en ese momento desembocaba del jardín delantero del palacio un carruaje con cocheros ahogados en caireles y alamares. El landó pasó casi rozándonos: en el asiento postrero venía una anciana de opulentas carnes; al frente una dama más joven, de buen porte. "La Reina!" exclamó Hernández en el colmo de la emoción, con júbilo inexprimible, arrastrando el sombrero —iba a decir el chambergó— hasta más abajo de la rodilla. La dama mayor, quien se dió cuenta de aquel acto de genuina ado-

ración, saludó sonreída con gentil ademán. Quedóse mi amigo unos instantes en éxtasis y luego, apretándome fuertemente el brazo, volvió a exclamar: "La Reina de España! y nos ha saludado!..." Era efectivamente, la Majestad caída de Isabel Segunda.

Llegó finalmente el término de los estudios de Hernández, y tal día como hoy, hace cincuenta y seis años, tomó la borla doctoral. Quiso graduarse el día del santo de mi hermano Pedro César, y nuestro padre, que llegó a quererlo como a mí mismo, decidió que su triunfo se celebraría en casa. Por allí veo las enguirlandadas y floridas tarjetas de invitación al "*Obsequio del Dr. Anibal Dominici y sus hijos al Dr. José Gregorio Hernández el día de su grado*". Vino en seguida la separación: el recién doctorado tuvo que hacerle frente desde ese momento a graves obligaciones para con los suyos y voló al seno de la familia. El 18 de agosto embarcóse en La Guaira y desde su paso por Curazao y Maracaibo entablamos la más amena correspondencia epistolar y telegráfica, de la cual conservo dieciocho cartas suyas por todos respectos interesantísimas: documentos históricos dignos de ser publicados no sólo por tratarse de él, sino porque en ellas pinta galanamente su vida profesional, sus impresiones, sus estudios, en las poblaciones de Trujillo, Mérida y Táchira, que recorrió en busca de campo laborable para ejercer la profesión. Y a propósito, cierto estoy de que os quedaréis estupefactos cuando, citando párrafos de la última de esas cartas, fechada a 18 de febrero de 1889, os revele el verdadero motivo de su precipitada salida de Ysnotú. No me extenderé en amargas reflexiones acerca del clásico incidente, ya que de tan trivial episodio de la antediluviana *invidia medicorum* no resultó sino bien para Hernández y para la humanidad: "Un amigo me ha advertido, dice, que en el gobierno del Estado se me ha marcado como godo y que se estaba discutiendo mi expulsión o más bien si me enviarían preso a Caracas. Como tú comprenderás, sin que yo haya dado lugar a nada, porque solamente me preocupan mis libros. Le escribo al Doctor González diciéndole que me quiero ir y le dejo entender el motivo. Si aquí apura la cosa, añade, yo me iré a Caracas y allí decidiremos el remedio... Pensaba escribirle a tu papá para que me aconsejara en qué lugar de Oriente podré situarme porque es indudable que lo que quieren es que yo me vaya de aquí..." Ya en carta de Boconó del 24 de noviembre habíame dicho: "lo único que me detiene es que creo que dos

médicos, que aquí hay, pueden hacerme la guerra porque ese ha sido su comportamiento con todo el que ha tratado de situarse aquí...; pero, además, son los jefes del partido dominante aquí, y eso es sumamente peligroso por estos lugares en que la política tiene una preponderancia absoluta”.

Hernández llegó a nuestro lado el 9 de abril de 1889. Hizo luego una recorrida por la costa oriental, de donde, convencido de que el único campo para él fertilizable y fecundable era Caracas, concluyó por fijar aquí tienda y labranza. Mas, he aquí que uno de sus grandes afectos, su viejo maestro de Fisiología e Higiene, el eminente Calixto González, quien no había dejado de pensar en el discípulo predilecto, le abrió de súbito las avenidas de la fortuna profesional y científica, consiguiendo que el Gobierno del Doctor Rojas Paúl lo enviase a estudiar en Francia y Alemania las materias de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología, cuya enseñanza debía él fundar dos años más tarde, en 1891, y regir con la mayor brillantez hasta su muerte, por más de veinte y ocho años.

Un año antes, en 1890, llegaba también yo a París a perfeccionar mis conocimientos de Medicina y hallaba de nuevo allí en Hernández la más afectuosa guía. Uno de mis proyectos, que consideraba importantísimo, era estudiar experimentalmente la acción de ciertas plantas indígenas afamadas en nuestro país como de efectiva acción curativa en algunas enfermedades. Parecíame que la Terapéutica se mantenía en lamentable estado de pobreza y se me había ocurrido que en los extractos de aquellas plantas empíricamente probadas de los indios, por siglos, según se aseguraba, podríamos hallar los medicamentos heroicos que requerían muchos de nuestros males. Apenas le comuniqué mi proyecto, condujome Hernández al Laboratorio de Histología, donde trabajaba, y me presentó a su maestro, el gran Mathias Duval, creador de la Embriología en Francia. Sin perder tiempo aquel coloso de cuerpo y de ciencia, la más alta personalidad de la Escuela de París, llevóme a su vez al Laboratorio de Terapéutica, donde me recomendó al Profesor Hayem, quien en seguida me puso bajo la dirección de su Jefe de Laboratorio Dr. Gilbert. Todo aquello fue hecho con la más cortés facilidad y las mayores muestras de estimación para con Hernández. De más está agregar que mi pretensioso proyecto fracasó: surgieron dificultades en la colectación y el envío de las plantas que

me proponía estudiar; pero yo quedé instalado por más de cuatro años en el Laboratorio de Terapéutica de la Facultad bajo la inmediata dirección de mi inolvidable maestro el Profesor Gilbert, cuya colaboración valiome algún renombre científico en Europa y buenos éxitos profesionales en París. De todo lo cual soy deudor en primer término a José Gregorio Hernández. A él también debí, años después, el conocimiento de las extraordinarias facultades técnicas de Rafael Rangel. Hablando un día de Histología del sistema nervioso, díjome: "pídele a Rangel que te muestre sus preparaciones de cerebro y médula". Eran en efecto, bellísimas: no las superaban las que el propio Ramón y Cajal nos mostró, a Guevara Rojas y a mí, en el Laboratorio de Malassez en el Colegio de Francia. Rangel era Externo en mi Servicio de Clínica Médica y asistente al curso de Microbiología Técnica que dábamos en nuestro Instituto Pasteur. Juntos trazamos un plan de investigaciones que mi repentino extrañamiento interrumpió. En su última carta, que publiqué en 1937, me llama su "padre intelectual".

Ya de vuelta a Caracas, el doctor Hernández —cerebro claro, limpio de prejuicios clínicos ante el enfermo, práctico insigne que en los hospitales de París había asimilado y acrecentado la ciencia y los métodos de los mejores clínicos del mundo— impuso su valimiento científico a las pocas semanas de su actuación médica. Los viejos médicos, discípulos y sucesores de Vargas, fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiáronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que haya tenido médico alguno entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros diagnósticos científicos hechos en Caracas fueron los suyos. Sus aciertos, obra exclusiva de su ciencia, diéronle en todas las clases sociales una autoridad médica que no se discutía. Repitióse con él lo ocurrido con Vargas, el padre y fundador de los estudios médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela. Acudía con igual interés a la rica mansión y a la humilde choza; con todos ejercía su innata munificencia: prestaba a los ricos ciencia, asistencia asidua, cuidado esmerado; regalaba, además, a los menesterosos los medicamentos, y aun los alimentos. Todó ello con una humildad, una afabilidad que prendaban los corazones. Fué a su muerte cuando la población entera vino

a darse cuenta de la extensión de aquella caridad ejercida sin ruido, que los favorecidos clamaban entonces desahogando su comprimida gratitud: de allí la consternación y el dolor, el sentimiento de orfandad que produjo la súbita desaparición de aquel hombre, cuya memoria por unánime asentimiento santificada, persiste tan viva hoy como hace veinte y cinco años.

En medio de la seguridad que le daban sus triunfos profesionales, de la conciencia, no por vanidad, tan lejana de su índole humilde, de que dominaba el arte de aliviar y de curar; en la recobrada calma de su espíritu al contemplar reunida en torno del hogar caraqueño, fundado por su esfuerzo, a la numerosa familia paterna, el destino, Dios, según su creencia, le asesta tremendo golpe: una de esas fiebres inexorables del Trópico le arrebató de entre las manos, por sorpresa, en breves horas, a Benjamín, el hermano menor, sin que el médico insigne se hubiese dado cuenta, sino en la hora postrema, de la extrema gravedad del caso. La herida le llegó al alma. Desde aquel día cambió la orientación de su vida, prendió en su ánimo el anhelo del retiro, de la meditación, de la expiación de una culpa imaginaria. Pero, altruista antes que todo y esclavo del deber, pospuso la realización de su anhelo para cuando hubiese acabado la educación de los hermanitos y sobrinos cariñosamente congregados en su redor, y adquirido por el trabajo lo necesario para dejar asegurada la base de sustentación de la familia. La vida no tuvo ya para él otra finalidad; y un día de junio de 1908, cuando ya los adolescentes eran hombres provistos de profesiones remuneradoras, cuando su esfuerzo había cimentado la base para la subsistencia de los suyos, cogió Hernández inesperadamente, sin ruido, el camino de la Cartuja, ya muerto para el mundo.

En aquellos momentos de tribulación general escribió Luis Razetti:

... "El respeto que siempre me ha inspirado la inmaculada vida del doctor Hernández, con cuya amistad me honré, a pesar de que ambos girábamos en los polos opuestos del pensamiento filosófico; el conocimiento perfecto que tengo de sus aptitudes y de su vasta ilustración científica; y sobre todo mi admiración por la entereza de aquel carácter... son los móviles que hoy me inspiran estas líneas ingenuas... Nadie tiene el derecho de censurar el acto en sí realizado por el doctor Hernández; pero todos debemos lamentar su extrema decisión... A muy

profundas consideraciones de psicología social se presta este hecho insólito en nuestra vida nacional; pero no es este el momento de hacerlas”.

Razetti había sido el abanderado del grupo de jóvenes que al regreso de Europa defendíamos la filosofía evolucionista, el positivismo científico, el predominio realista en ciencia; con lo cual no creíamos que atacáramos a Dios ni a la Iglesia. Movía a Razetti un resuelto espíritu combativo de misionero catequizante; Hernández, al contrario, era contemplativo, de intensa vida interior, de ardiente fe que apenas se exteriorizaba en la práctica severísima de las obligaciones que la Iglesia impone a los fieles. No buscaba el combate, pero tampoco lo eludía. Sin embargo, tan adversos ideólogos se estimaban mutuamente y aun se querían. Cierta día, en Wáshington, le manifesté a Hernández mi temor de que aquellas diferencias filosóficas pudiesen haber enfriado nuestra amistad. “Nó, replicó vivamente: tú sabes que mis creencias religiosas no han intervenido nunca en mis afectos”. Y era verdad. Años más tarde, poniendo ambos sabios en parangón, escribía Diego Carbonell: “Cuando el 15 de abril de 1905, el Secretario Perpetuo de la Academia Médica se dirigió a sus colegas, en carta circular, para inquirir de ellos si la doctrina de la descendencia es o no legítimamente científica, Hernández, con una serenidad y una justicia que implican una gran amplitud ideológica, dícele el 23...” “Hay dos opiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista...” Y el brillante polígrafo coronaba sus atinados conceptos con la siguiente fina observación: “Por esta respuesta, Hernández aparece menos dogmático en cierto aspecto de su fe que Razetti en toda su fe materialista...”

Allá, en la misteriosa Edad Media, cuando el temor del fin del mundo, que debía irremisiblemente acaecer al finar el primer milenario de la era cristiana, había exaltado el sentimiento religioso de la humanidad y las turbas enloquecidas llenaban los caminos que conducían a Jerusalem, a morir en los parajes que habían presenciado la pasión y muerte del Hijo de Dios; cuando los infieles continuaban en posesión del santuario donde yaciera el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y era necesario arrebatárselo, Razetti, cubierto con la cándida túnica del caballero Templario, la encendida cruz al pecho y en el puño la tajante espada, habría salido a exterminar a los enemigos de la fe; Hernández, revestido con el

pardo buriel, duras sandalias y la vara del peregrino, habría seguido a Pedro de Amiens, el Ermitaño, en las cruzadas liberadoras del Santo Sepulcro y, al retorno de Tierra Santa, habría pronunciado votos eternos en algún convento, donde hubiera dedicado la vida a copiar libros y a salvar para las venideras generaciones los pocos restos de antigua civilización que los Bárbaros no habían podido destruir. Y no digo esto porque crea que Hernández careciese de valor personal para el combate: él dió al contrario pruebas de que no le temía a ningún hombre; pruebas en ciertas ocasiones de un valor temerario. Fué el primero en alistarse en las milicias cuando el bochornoso bloqueo de 1902. En la Universidad, siendo yo Rector, al concluir el examen de la clase de Histología, advirtiéndome sigilosamente uno de los bedeles que un grupo de cinco estudiantes, que el catedrático había rechazado por haber tenido más de cuarenta faltas en el año, le esperaban a la salida con malas intenciones. Al despedirse Hernández le dije: “espérame salgo contigo”. “Nó, déjame solo: si me acompañas aquellos señores van a pensar que les tengo miedo”. No insistí, pero le seguí a corta distancia. Al salir del claustro, fué rodeado por los alzados; uno de ellos habló gesticulando; sin alterarse Hernández les dirigió breves palabras, que no pude oír, saludó y se retiró sin la menor precipitación dejándolos mchinos y como paralizados. Años después desembarca en Nueva York y se aloja en un hotel cercano a los muelles, de buena apariencia pero de pésima reputación. Al siguiente día va al Consulado un agente secreto a informar de que un doctor venezolano había tomado alojamiento en un hotel muy vigilado por la policía por ser guarida de peligrosos apaches. “El doctor carga en el bolsillo, añadió, una cartera atestada de billetes, que ya le han visto, y corre el riesgo de que sus compañeros de hotel lo asalten y lo roben”. Nuestro diligentísimo vicecónsul, Nicolás Veloz, el mismo actual, corre al hotel y le expone a Hernández lo que acaba de participar la policía al Consulado. “Tranquilícese, le contesta sonreído: yo soy hombre para cualquiera de esos bandidos”. Informado por Veloz de lo que ocurría y sin darme por entendido, le escribí al amigo cuya presencia en New York ignoraba, convidándole a que viniese a pasar unos días en Wáshington, donde yo era Ministro. Convivimos en la Legación unos cinco días: hacía más de quince años que no nos veíamos. Al mirarme, exclamó: “Cómo! no estás a la moda! —“Por qué?” replicó, —“No usas pantalones arre-

mangados, como yo; ni zapatos de corte bajo, ni medias y corbata de color". Ya había notado yo cuan peripuesto me llegaba el viejo amigo, tan distinto al que había conocido. Al terminar la comida, saca una lujosa cigarrera y brindándome un cigarrillo dice: "Yo fumo, tú no fumas?" Rarezas tan ajenas a su carácter!... Cada vez que le invité para presentarle alguna personalidad o a visitar los monumentos de la ciudad se negó diciéndome: "Yo no he venido a Wáshington sino a verte y a conversar contigo: lo demás no me interesa". La hermosa capital norteamericana se hallaba, en aquel diciembre de 1917, convertida en un ventisquero, nevaba tempestuosamente; en las avenidas y parques, la nieve alcanzaba a dos metros de altura, el tráfico de carruajes estaba interrumpido, toda actividad no indispensable para la vida había cesado. El gran placer de Hernández era aventurarse conmigo en la borrasca y recibir en la cara los latigazos del viento y de la nieve. "Esto es divino", exclamaba con infantil regocijo arrancándose el hielo del bigote y los níveos cristales de los ojos. Un día le pregunté si había recibido alguna decepción en la Cartuja. "Ninguna, me respondió, aquello es sublime, un pedazo de cielo en la tierra; pero, desgraciadamente, mis fuerzas flaquearon ante la rudeza del trabajo físico que la regla impone, y el Reverendo Padre Superior me aconsejó que volviese a Venezuela a restaurarlas y confortarlas". Al separarnos en la Estación del ferrocarril que partía hacia México, paseándonos en el andén, repitióme con insistencia lo que antes me había sugerido: "Debias haberte venido conmigo ¿Qué haces aquí sino perder tus mejores años? Tu puesto es Caracas: allá haces falta. Vente pronto, te espero". Cuando volví veinte años más tarde no lo hallé entre los vivos —como tampoco hallé a Luis Razetti, Guzmán Alfaro, Acosta Ortiz, Armando Blanco, Manuel Díaz, Elías Rodríguez, Meier Flégel, Elías Toro, y tantos seres queridos que la muerte había segado. Eduardo Calcaño falleció algún tiempo después de mi regreso.

Al salir de la Cartuja, en abril de 1909, algo desconcertado, presentóse Hernández a Caracas, sorprendida a su vez y un tantillo irónica a la extraña visión del ídolo redivivo que reaparecía con vestiduras eclesiásticas. Por algunos días viósele, en efecto, revestido con balandrán y sombrero de teja, en espera de la autorización para ingresar al Seminario, en donde aspiraría a la ordenación sacerdotal. Pero, el Arzobispo, quien le tenía paternal afecto, lo persuadió de que debía volver a su anterior be-

neficentísima actuación. Pronto volvió a imponerse el médico insigne, el sabio de inagotable caridad; sus alumnos lo reclamaron y casi a la fuerza volvieron a colocarlo en la Cátedra que había ilustrado con su enseñanza. Pero, el maestro no abandonó nunca su propósito de consagrarse cuerpo y alma a Dios, ya en el convento, ya en el sacerdocio, y cuatro años más tarde, en 1913, volvió a Europa y llamó a la puerta del Colegio Pío Latino Americano con la intención de realizar lo que no había logrado en Caracas. Otra vez lo traicionó el cuerpo gastado por el frecuente ayuno y la áspera penitencia, y enfermó gravemente de pleuresía; y aquel extraño peregrino hizo de nuevo rumbo hacia el suelo natal. De allí saldría definitivamente un día a realizar el sueño de toda su vida; mas, de improviso, en torva emboscada, lo asalta la muerte. Tal día como hoy, hace veinte y cinco años, cuando salía de ejercer su inagotable caridad, abstraído quizá por honda meditación, un automóville quebranta el cráneo, por donde se le escapa el alma a "los espléndidos destinos" que él le había predicho... Absurda brutalidad que en forma idéntica había triturado el cerebro de Pierre Curie, el magnífico donador del radium a la ciencia y a la humanidad. Sentí de cerca allá, al atardecer de aquel aciago día, el doloroso estremecimiento de la Urbe-Luz cuando, como una centella, cruzó en su cielo la fatal noticia.

La fe de Hernández era consubstancial, plasmática, individua, gracia divina. La duda no lo torturó jamás —la religiosa, se entiende, no la científica, espuela de la investigación que conduce a la verdad. En vísperas de salir yo de Roma díjele al confesor: "mi pecado es dudar". El anciano murmuró en mi oído: "La duda es humana, todos dudamos, dudar no es pecar: pecado es complacerse en la duda".

La fe era en él motivo único de su vocación anacoretica. En su vida apacible, ocupadísima, beneficentísima, no revelaba ninguna de esas torturas íntimas que llevan al monasterio a los grandes caídos, decepcionados afligidos, o a quienes atormenta alguna grave culpa, que anhelan expiar. La vocación que lo arrastraba hacia el retiro y la soledad, era una fuerza natural congénita, como la impulsión que irremisiblemente lleva al río caudaloso a morir en la mar. Sin el súbito prematuro deceso que se le interpuso, habría terminado sus días en la Cartuja, en donde finalmente habría conseguido ingresar.

Dispensad, señores, el desaliño, el desorden de esta disertación: al comienzo os previne que no oiríais sino la impretensa narración de impresiones y recuerdos personales de una vida excepcional.

Hubo en Hernández dos personalidades, ambas fortísimas, la del creyente y la del científico. Nunca disintieron con escándalo en su amplia mente la fe y la ciencia; pero, lo hemos palpado, en dicho enlace dominó siempre, y con mucho, la fe a la ciencia. Qué inmensa obra científica no habría producido si el científico hubiese prevalecido sobre el creyente, esto es, sobre el contemplativo de vida interior intensísima, como fué la suya; en quien el hábito de la profunda meditación lo inducía a vivir fuera de la realidad. Lejos de mí la insinuación de que la mística agosta la creación: aquí concurrirían para desmentirme Pasteur y la mayoría de los sabios. Paréceme, no obstante, que si la concentración espiritual abre nuevos campos en las ciencias metafísicas, redúcelos en las ramas de la ciencia aplicada, experimental, manantiales de la Medicina.

En todo caso, como hombre de ciencia, Hernández alcanzó alturas en varias ramificaciones del saber. De la suma de conocimientos que encerraba su cerebro no tenemos idea sino los pocos que lo tratamos con intimidad, pues era de natural modesto, enemigo de toda ostentación. Fuera de la cátedra que regentaba y las ciencias biológicas anexas no revelaba su saber, y en Medicina mismo, dados su experiencia y su poder intelectual, poco fué relativamente lo que publicó; sin embargo, todos sus trabajos científicos se fundan en sólida base de ciencia y llevan el sello de acertada observación y claro juicio clínico. No sería posible analizarlos en esta oportunidad, por someramente que lo intentásemos. Apenas quedan espacio y tiempo para enumerarlos: *Elementos de Bacteriología* (1906); *Elementos de Filosofía* (1912); *Sobre la angina de pecho de origen palúdico*; *Sobre el número de glóbulos rojos en Venezuela*; *Lesiones anatomo-patológicas de pulmonía simple o crupal* (1910). *Estudio de la anatomía patológica de la Fiebre Amarilla* (con Guenara Rojas — 1912); *De la Bilharziasis en Caracas* (1910); *Nota preliminar acerca del tratamiento de la Tuberculosis por el aceite de Chaulmagra* (1918).

Hernández publicó igualmente artículos de buen corte literario y dejó inéditos fragmentos de obras más substanciales. Os los presentaré valiéndome de la ilustradora guía de Núñez Ponte: *En un vagón* “es un hermoso ar-

gumento acerca del libre albedrío y juntamente una buena lección para la juventud"; en *Los maitines* "describe con primor los de la Cartuja"; *Visión de arte*, "es un sueño, un juego de la imaginación, bellísima e ingeniosa, que contiene una breve descripción del cuadro de nuestro genial Michelena "La multiplicación de los panes". —De mi parte agregaré que a veces sabe a "Mi delirio sobre el Chimborazo" de nuestro Libertador. Los fragmentos aludidos son de *La verdadera enfermedad de Santa Teresa de Jesús*, ampliación de la defensa que de lá Santa hace en "Elementos de Filosofía"; y la introducción a su tratado de *Embriología*, que con afán preparaba en sus últimos años.

El opúsculo "De la Bilharziasis en Caracas" es el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infección entre nosotros. Del minucioso estudio de los huevos hallados en las heces de sus siete enfermos, deduce el autor que el parásito de la Bilharziósis de nuestro país pertenece "a la variedad de Bilharzia hematobia denominada *Schistosomum Mansoni* o a alguna muy próxima a ésta, que podríamos llamar *Schistosomum americanum*"; en cuya denominación coincide con la opinión expresada casi al mismo tiempo por Pirajá da Silva en el Brasil.

Sobre *Elementos de Bacteriología* no podría resumir mejor mi juicio que citando la opinión de Temístocles Carvallo: "prodigio de claridad y concisión, obra eminentemente didáctica, que hace amenos y simples los más intrincados problemas de dicha ciencia".

Pero la obra maestra de José Gregorio Hernández, la que por años meditó, en la que virtió la abundancia de sus conocimientos enciclopédicos, es sin duda *Elementos de Filosofía*. El primer ejemplar que salió de las prensas me lo remitió a París con esta afectuosísima dedicatoria: "*He escrito este libro pensando en tí*". Audacia y muy grande, necesitaría quien intentase penetrar en la hondura de esa obra genial, escrita con la difícil claridad y sencillez de quien domina la materia y el idioma y la contempla y expone tal como la siente y la mira en su intelecto. No he leído libro alguno de más terso estilo ni que penetre más expeditamente en el entendimiento. Clara línea que envuelve profundidad de océano y que atrae como el abismo. En élla desbordan su pensamiento y las sensaciones de su alma, que la constante meditación en sí mismo concentraba y retenía: toda la obra es la revelación de su personalidad en ninguna otra forma ni oca-

sión manifestada. Estudiándola, meditándola, comprendemos hasta las mínimas rarezas más o menos visibles en el conjunto de sus nobilísimas cualidades. Oíd los párrafos finales del Prólogo:

“El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente”.

“Dotado como los demás de mi Nación, de ese mismo amor, publico hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido; pensando que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia”.

“También la publico por gratitud”.

“Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia, han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente”.

“Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión Santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir:

“Le responderé que todo es uno”:

Con tan elocuentes líneas pintada queda su individualidad moral. Mas, aunque el tema parezca disenter de la elevación de los pensamientos que acabáis de escuchar, permitidme que aproveche la oportunidad para trazar los rasgos de su personalidad como ciudadano del mundo, los mismos que con más vigor ostentaría en la lucha actual por la libertad y la dignidad humanas. Y cuánto no habría sufrido ese hijo espiritual de Francia en estos años de su aplastamiento por la bota del invasor! Escuchad los primeros párrafos de la última carta que de él recibí, fechada a 20 de enero de 1919:

“Hace varios días que estaba por escribirte lleno de alegría por el triunfo de Francia, es decir, por el triunfo de todos los grandes ideales que existen en el mundo, pues ambas cosas son sinónimas. La conciencia huma-

na se encuentra ahora en la plenitud de la paz, pues la justicia está satisfecha, cosa que raras veces ha sucedido en la larga historia humana”.

“Los últimos cables recibidos aquí dicen que en la conferencia de la paz dieron la presidencia al ministro francés unánimemente; son las naciones aliadas reconociendo la grandeza y la nobleza de la Francia inmortal”.

En *Elementos de Filosofía* impresiona la maravilla de las definiciones, lapidarias, contundentes, precisas. Por supuesto, la enjundia, la médula de su filosofía es la fe ardiente, la innata creencia en Dios; mas, nunca baja el autor de la excelsa cumbre para agredir a quienes como él no piensen. Causa admiración la ingenuidad con que admite y compagina materias en apariencia tan opuestas como son las que a la vez atañen a la fe y a la ciencia. Veamos, si nó, cómo, en el Tratado de la Cosmología Racional, opina en la cuestión de la evolución, eterna manzana de discordia entre católicos y libre pensadores:

“Antes de existir el mundo es imposible que se hubiera formado de la nada, porque de la nada, sin una causa eficiente, nada puede salir; pero como esta causa existe y es Dios, es evidente que Dios es quien ha creado el mundo de la nada”.

“La manera como fué creado, no es posible conocerla científicamente, porque siendo ésta una cuestión histórica, ha de ser resuelta por el método histórico, es decir, por el método analítico con el criterio testimonial. En los momentos en que apareció el mundo no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble y por consiguiente científicamente insoluble”.

“Pero si no se puede saber dicho origen de una manera cierta, se pueden hacer hipótesis que los expliquen y que sean útiles para la ciencia. Son dos las hipótesis que se han inventado para explicarlo. Según la más antigua, todos los seres existentes actualmente, fueron creados de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy... Esta hipótesis es poco admitida en la actualidad, porque no explica la formación de los seres existentes ni sus relaciones de una manera científica. La segunda hipótesis es la teoría llamada de la evolución universal o, aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Esta hipótesis es mucho más admisible desde el punto de vista científico... explica mejor el encadenamiento de los seres que pueblan el mundo, y puede armonizarse perfectamente con la revelación”.

Y luego de explicar punto por punto el origen del mundo según dicha doctrina, concluye: "Como vemos, esta doctrina de la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la creación, a la vez que explica admirablemente el desarrollo embriológico de los seres vivos... y por otra parte, la doctrina de la descendencia recibe de la verdad de la creación un grado de similitud sorprendente..." De modo, pues, que Hernández ha podido contestar a la inquiridora circular de Razetti a que arriba aludimos, diciendo simplemente: "yo soy creacionista-evolucionista".

Mas, continuemos echando una mirada, aunque muy por encima, sobre la grandiosidad de los valles y montes del pensamiento filosófico de Hernández. En una primera parte, define la sensibilidad, las emociones, los sentimientos, el instinto, las inclinaciones, las pasiones, de las cuales anota: "se dividen por sus efectos en dos clases: las malas y las buenas; y para desarraigar las primeras y fomentar las segundas, se libra en el corazón del hombre un largo y recio combate espiritual que en definitiva viene a tener como resultado la formación del carácter". Luego estudia la inteligencia y sus componentes, memoria, imaginación, raciocinio; la voluntad, los elementos del carácter: "convicciones fuertes y voluntad firme" —en lo que no hace más sino definirse a sí mismo.

En la Psicología aplicada defiende a Santa Teresa de Jesús y a los autores místicos de la imputación de histerismo que les hacen "los que no tienen conocimiento alguno del histerismo o de los éxtasis de los santos", y con tal propósito refiere bellísimamente la vida de la Santa "porque es élla la que con más frecuencia ha sido calificada como enferma de histerismo".

Sigue el completísimo Tratado de la Lógica, donde describe la verdad, el error, la duda: "la indecisión del pensamiento entre dos juicios". Como ejemplo de sofisma verbal, cita la opinión circulante acerca de la Inquisición y asienta, en defensa de la Iglesia Católica: "lo históricamente cierto es que la Inquisición era un tribunal del rey de España, que la autoridad eclesiástica, es decir el Papa, nunca aprobó".

Saltamos por encima de los bosques más frondosos: el criterio de la Verdad, el profundo análisis de los cuatro métodos científicos. "Para conocer de una manera práctica la claridad y belleza de las operaciones del método deductivo, y lo absoluto de las verdades por él demostradas, propongámonos hacer la demostración deducti-

va de estas tres verdades: que Dios existe; que existe el alma y que el Papa es infalible” —proposiciones que él resuelve teológicamente. Así mismo en el Tratado de Teología Racional o Teodicea, extiéndese magníficamente en las pruebas de la existencia de Dios, “sér absoluto, simple, infinito, necesario, inmutable; perfecto y eterno; sér infinitamente sabio y poderoso que no puede ser conocido por la razón de una manera adecuada”. En la Psicología Racional, “la ciencia que estudia la esencia del alma”, funda su existencia en la existencia misma de la vida, del pensamiento, de la identidad de la persona humana y de la libertad moral. “El alma es un sér espiritual, que no solamente el hombre nunca ha percibido por los sentidos, sino que dicha percepción es absolutamente imposible, puesto que los sentidos no pueden percibir sino lo material. Por esta razón a pesar de las mejores demostraciones, el hombre puede vacilar o no quedar absolutamente convencido de que dicho sér existe...” El alma “es inmortal porque es simple; en efecto, la muerte no es otra cosa que la descomposición del sér vivo; por eso muere el hombre, porque siendo compuesto de cuerpo y alma, pueden, separándose estas partes, descomponerlo; y por eso no puede el alma morir, porque es imposible la descomposición de lo que es esencialmente simple... El origen del alma es por creación de la nada por Dios; y sus destinos futuros, por ser racional e inmortal, son espléndidos: está destinada a conocer la esencia divina como es en sí, con lo cual si lo logra será eternamente feliz”.

Cabría recordar aquí, de paso, lo que expresé en análoga ocasión, cuando colocamos en la Sala de Oftalmología del Hospital Vargas el retrato de aquel otro pulquérrimo colega y amigo, Alberto Couturier, primer oculista del Hospital: La ciencia no suministra todavía, ni las suministrará jamás, razones concluyentes para afirmar o negar el más allá, como tampoco las ha dado para afirmar o negar la existencia de Dios, ni la de un alma inmortal —sagrado dominio de la fe.

Recorramos muy de prisa los campos floridos de la Estética y la Etica: el autor analiza fríamente la Belleza y se extasia ante la Poesía y la Música. “La Pintura, dice, ocupa la tercera grada en esa adamantina escala artística”. Las Ciencias Metafísicas, “que estudian las razones superiores de los seres —los antiguos las definían: la filosofía primera; el estudio de los primeros principios y las primeras causas”—, comprenden la crítica del cono-

cimiento, la Teodicea, la Psicología y la Cosmología. Finalmente, la obra concluye con la Historia de la Filosofía, que "es en realidad la historia del pensamiento humano..."

Señores, perdonadme si al término de tan hermoso vuelo, en el que la preocupación de no alargar mucho más este mi ya cansado discurso, os ha privado de la visión de frondas y jardines quizá los más bellos y floridos de los Elementos de Filosofía; dispensadme, repito, si hago disonancia al aseverar convincentemente que Hernández pensador y filósofo es por muchos codos superior a Hernández científico y médico, aun cuando culmina en ambas ramas de la sapiencia.

Después de la fulmínea defunción de Benjamín la vida de Hernández asumió todos los caracteres de una tragedia digna de ser cantada por el más inspirado del trío favorito de Melpómene, Musa de la Tragedia, aún no sobrepujado. No existe en la literatura antigua, ni en la moderna, un personaje de la magnitud trágica y de la extraordinaria vida de José Gregorio Hernández. No lo han creado Esquilo, ni Sófocles, ni Eurípides, ni el portentoso William Shakespeare. Ni Prometeo, raptor del fuego celeste, símbolo de la humanidad que cae, sufre y se levanta, encadenado al Cáucaso con un buitre que le roe las entrañas; ni el Rey Edipo, que al descubrir su incesto se saca los ojos para no ver la víctima de su involuntaria culpa. Sólo la arrobadora potencia del mago de la música Richard Wagner pinta sublimemente la tragedia de Hernández en *Parsifal*, "el casto inocente, el sér puro, simple y loco" que resistiendo a todas las tentaciones vaga durante años por desiertos y fragosidades en busca del Montsalvat, donde se guarda el Graal, la copa santa en la que José de Arimatea recogió la sangre de Cristo agonizante.

El buitre que atenacea el alma de Hernández es el anhelo del retiro para la meditación y la oración que lo acerquen a Dios; es la vehemencia interior, callada, por unirse a su Creador, que se enardece a cada nuevo obstáculo que el Destino, según Esquilo, o la Providencia, según Sófocles, oponen a la realización de su ideal. A la muerte del hermano, su vida, plácida y llena de satisfacciones íntimas, conviértese lentamente en amargura; vislumbra una culpa imaginaria, la responsabilidad por el fallecimiento de aquel sér querido y germina en su ánimo la idea de expiación, que al principio lo atormenta y luego se transforma en hambre y sed de Dios en el retiro y la soledad de la Cartuja. En su estado congénito de

alergia, diríamos pedantemente los médicos, la muerte de Benjamín fué la causa desencadenante de la crisis que despierta en él anhelo por la soledad, la meditación, la purificación y prende en su alma la visión del Convento. Desde hace años estudia la Regla de San Bruno y se prepara constantemente a fin de estar pronto cuando se le permita entrar en la Cartuja: profundiza el latín, aprende el canto y para afrontar la obligación de hachear y aserrar madera, ejercitase en talleres de carpintería como simple obrero. Al propio tiempo diligencia el ingreso al Monasterio valiéndose de su Ilustrísimo consejero Monseñor Juan Bautista Castro; mortificase por el ayuno y la penitencia y exagera la práctica de las obligaciones religiosas. Está en la vida tranquilo y sereno, atiende a los enfermos, continúa la enseñanza de su cátedra; nadie ni aun sus familiares y amigos más íntimos, adivina su tormento. Es el protagonista original de una tragedia que no sospecharon los más geniales creadores. Logra por fin, gracias a la influente intercesión de Prelados venezolanos, ser admitido en la Cartuja de Farneta.

El Maestro de Novicios le había escrito: “nuestro Reverendo Padre General le autoriza para que haga el ensayo de nuestro género de vida. Descansamos en la dulce confianza de que usted no se contentará con un ensayo y que Dios le otorgará la gracia de perseverar”. Allí lo encuentra algún tiempo después el Pbro. Manuel Arteaga, actual dignísimo Arzobispo de La Habana. “Contento en la complacencia interior del hombre que ha oído la voz de Dios y ha vencido todos los obstáculos para seguir esa voz”. Pero, su naturaleza, ya debilitada por el ascetismo que practica, flaquea ante la faena que le impone la Regla: a pesar de su esfuerzo, magnificado por la voluntad de vencer, no logra cumplir la tarea de hachear la cantidad de madera que diariamente se le asigna. La conciencia de que sus fuerzas están fallando, de que su endeblez se interpondrá ante su felicidad, lo tortura toda la noche. Ninguno de los protagonistas de la tragedia griega ha padecido tal tormento. Y llega el instante espantoso. “El mismo Hernández declaró que todo lo había podido soportar, excepto la dicha faena por debilidad de fuerzas físicas” —escribe en su Estudio crítico-biográfico el doctísimo escritor y pedagogo José Manuel Núñez Ponte, de quien al igual transcribo en el curso de estas líneas frases de la correspondencia a que se alude —“y en consecuencia el Superior le manifestó que le había esperado durante aquellos meses a ver si con-

seguía cumplirla, mas, viendo que le era imposible, temían se enfermase, por lo que le aconsejaba ingresar en otra Congregación. Decía Hernández que aquella noche no le fué posible conciliar el sueño por el hondo sufrir; que sentía su cabeza abrumada por un peso imposible de aguantar y por poco se le trastorna el juicio; que lloraba a lágrima viva..." Con semejantes palabras, las en primer término citadas, contestó Hernández a la pregunta que le hice en Washington en 1917. Pero, en carta a su hermano César desde La Guaira, al pisar tierra natal en abril de 1909, dice: "A fines del mes pasado el reverendo Superior de los Cartujos me dijo que no me podía admitir en la Orden, porque yo no tenía vocación para la vida contemplativa, que mi vocación era para la vida activa; que entrara en la de los Jesuitas o me hiciera sacerdote secular..." Extraña contradicción. Con todo respeto observo que le faltó al Reverendo Superior visión humana; Hernández fué siempre un contemplativo, carecía de las facultades combativas de los Jesuitas: habria podido ser sacerdote, mas no fuera de la contemplación y la oración.

Forzoso es que hagamos aquí ciertas reflexiones: he allí un hombre de cuarenta y cuatro años, cuyas grandes dotes morales e intelectuales, cuya fama de varón justo, de médico filántropo y cristiano de fe ejemplar, ellos conocen por las mejores fuentes, a quien acogen con afectuoso beneplácito—y a quien bruscamente, por no haber podido cortar a fuerza de hacha cierta cantidad de madera cada día, arrancan sin piedad de su asilo y lo lanzan desamparado al proceloso mar del mundo. Por su parte, el mártir despedido de la Orden continuará haciendo diligencia para volver a élla. Ciertamente para llegar al fondo de tan contrapuestas resoluciones, requiérese el llavín místico de una fe ciega: quienes no lo posean no comprenderán. Más tarde, doliéndose de su muerte escribe el mismo Maestro de Novicios: "El nos edificó mucho durante los ocho meses poco más o menos, que con nosotros pasó. Era el hombre de la regla y del deber. Vivía por entero consagrado a sus obligaciones de novicio y sus compañeros le profesaban sincero afecto". Mas, todas esas virtudes habian de plegarse ante la regla del corte de madera. Insondable misterio, dura rigidez monástica que no es dable a todos comprender.

Treinta años más tarde, en 1939, el doctor Temístocles Carvallo, en peregrinación filial, toca a la puerta de la Cartuja de Farneta, y de allá escribe a su esposa

una sentida carta, de la cual me ha permitido copiar algunos párrafos. Helos aquí: "No podía pasar por Lucca, sin visitar en sus alrededores la Cartuja en donde estuvo José Gregorio. Llegué en momento poco oportuno, pues los frailes estaban en retiro y la regla les prohíbe entrar en contacto con el mundo exterior. Llamé a la puerta y me salió un fraile muy viejo, quien me dijo que toda visita era imposible; pero, cuando le advertí que venía de Caracas expresamente a verlos y que era sobrino de un doctor Hernández que había sido por algún tiempo miembro de la Congregación, la fisonomía adusta del viejo se iluminó con una sonrisa y diciéndome que él mismo había recibido en la puerta a José Gregorio, cambiando sus vestidos por el hábito de Cartujo y lo había visto más tarde con gran dolor abandonar el Convento, agregó: "no es posible que un sobrino del doctor Hernández a quien recordamos con veneración, pierda su viaje. Siéntese aquí en la portería que yo mismo voy a hablar con el Superior a pedirle el permiso. El asunto es muy difícil, agregó; pero yo espero con la ayuda de Dios lograr mi propósito". Se persignó varias veces como quien sale a una arriesgada empresa y después de un intervalo que a mí me pareció muy largo, regresó sonriente con la buena nueva: "El Superior ha consentido, por tratarse del sobrino de un santo, en que Ud. visite el Convento. No se imagina el trabajo que ello me ha costado, pues el viejecito es muy severo y nunca permite la más ligera infracción de la regla" De algo pues me sirvió mi parentesco con un santo y, guiado por el fraile, emprendí la visita emocionante para mí, a través de los largos claustros y de las celdas vacías del convento. El pobre viejo tuvo la amabilidad de llevarme a la propia celda en donde estuvo José Gregorio; y bien comprenderás la emoción que experimenté al contemplar aquel cuarto pequeño y pobre, ocupado casi completamente por una humildísima cama y en comunicación por estrecha puerta con el jardincito que él laboraba con sus propias manos, cubierto ahora de nieve y ligeramente iluminado por un anémico Sol de invierno! Un gran Cristo, magro y de expresión doliente, acentuaba más, si cabe, la atmósfera de tristeza de aquel cuarto que fué teatro de la tragedia de una vida! El fraile comprendió mi emoción y con voz apagada y lejana como de ultratumba, me refirió lo duro que había sido al hermano Marcelo (su nombre en el Convento) abandonar la penumbra mística, para volver al mundo con todas sus vacuas algarazas. Fué un instante de enorme emoción que

me acompañará mientras viva! Siempre complaciente el cartujo, me condujo por una escalera estrecha al coro de la Capilla, desde donde logré ver a los cartujos vestidos de blanco y entregados a sus rezos y cantos, como una fantástica procesión de espectros. "Esto no estaba en el programa, me dijo, pero lo he hecho en obsequio suyo y Dios y el Superior me perdonarán la infracción de la regla". Luego me mostró el Cementerio y por fin me condujo de nuevo a la portería..."

Os he leído esas conmovedoras líneas, en las que no se han cambiado ni una letra, ni una coma, para que os deis cuenta de cuán honda fué la impresión de santidad y de virtud que dejó el pobre Fray Marcelo en la Cartuja, cuando aquellos dos ancianos, testigos de su martirio, la conservaban en la memoria treinta años más tarde, y de él hablaban con veneración. Mas, volviendo al argumento de la tragedia —había que someterse, repito, a la regla del corte de la madera, y si físicamente no se podía, salir sin más tardar de la Cartuja.

La tragedia se exagera. Hernández, transido, vuelve a Caracas con la intención de hacerse sacerdote secular, para lo cual en vano solicita el permiso para incorporarse al Seminario Eclesiástico. Fracasada esta segunda tentativa, espera cuatro años y en 1913 acude a la Ciudad Eterna y toca a las puertas del Colegio Pío Latino Americano, semillero de ordenandos para la América hispana. Roma será la puente de plata que le allanará la entrada a Farneta. "Tan sólo piensa en la Cartuja, blanco y término de sus aspiraciones en la tierra" —escribe a César su compañero el Padre Dubuc. Pero otra vez lo traiciona la fragilidad de su cuerpo: un ataque de pleuresia lo obliga a abandonar Colegio y estudios y a ir a París en busca de asistencia médica. Regresa luego a Caracas. El buitre trágico continúa destrozándole las entrañas: el anhelo de la Cartuja es más que una obsesión, es algo definitivamente patológico. En Caracas, donde ya miran con asombro sus ausencias y sus regresos, ciñese nuevamente a los deberes profesionales. Vive y actúa como un autómatas. La tragedia lo angustia y lo estrecha cada vez más, al extremo; y, como toda tragedia de alto coturno, termina con la muerte violenta del Héroe... Si para nosotros su muerte fué una desgracia inmensa, para el trágico torturado fué una liberación. El la desea y la pide: "he deseado la muerte que nos libra de tantos males y nos pone seguros en el cielo", escribe en una ocasión; y en la bellísima plegaria de 1910 exclama: "Oh adorada

Hostia... Te pido que me des prontamente una santa muerte". Si la fatal guadaña no hubiese interrumpido la realización de su anhelo, que hasta el postrer instante perseguía, por los claustros de la Cartuja de Farneta, como los dos ancianos arriba aludidos, pasearía aún hoy otro octogenario, el venerando Fray Marcelo, acaso Superior General, seguro émulo de San Bruno, Luz de la Iglesia; o de Santo Tomás de Aquino, el máximo teólogo.

En la tragedia antigua figura un personaje inmensurable, el Pueblo, que observa de cerca las acciones, pasiones y vicios de los protagonistas, héroes, reyes o semidioses; los increpa, censura o elogia, protesta contra sus iniquidades, sufre y llora: toma, pues, parte muy importante en la representación. Así mismo en la tragedia de Fray Marcelo, aún no escrita, el Pueblo, Caracas, sigue los actos de su Héroe, le da amor y confianza, asómbrase de sus ausencias y retornos, en los que con instinto sobrenatural presiente infortunios y desdichas. A la noticia de su muerte, que en la ciudad trasciende como una onda sísmica, agítase conmovido, presa de una verdadera psicosis, desfila lacrimoso noche y día en torno al féretro, le forma apretado cortejo en los traslados de la casa mortuoria a la Universidad y a la Iglesia; en el acmé del nerviosismo reclama su cuerpo a gritos a la puerta del templo, lo arrebatada de los hombros de los discípulos que lo sacan de la enlutada nave, y en solemne procesión que duró cuatro horas carga el amado cuerpo hasta el cementerio, en donde, a la lumbre de encendidas antorchas lo entrega al seno de la tierra y deja cubierta la tumba con una montaña de las más fragantes flores del Avila... Detengámonos: la emoción embarga mi voz...

En el cálido hogar de Doña Gertrudis Palacios de López de Ceballos, donde José Gregorio fué siempre niño mimado, ha penetrado el dolor; los hijos de la excelsa dama, mi venerada amiga, lo quieren como a dilecto hermano. Sin haber solicitado su venia, confiado en la mutua fidelidad de nuestra vieja amistad, voy a permitirme presentaros el máspreciado testimonio de aquel infausto día. Escuchad lo que me dice Carmelita, tierna sensitiva, el 30 de aquel junio, apenas transcurridas veinte y cuatro horas después de la desgracia:

"Le escribo bajo la impresión más triste con la dolorosa muerte de José Gregorio, pero supongo que estará usted ávido de saber noticias del suceso y además con nadie se sentirá usted en comunidad de sentimientos como con nosotros que le queríamos como algo nuestro, y que usted sabe que así también lo queremos a usted".

“Ayer domingo adelantó Hernández la hora de salida después de almuerzo porque le fueron a llamar de donde una enferma que vivía allí cerca; fué a verla, la encontró muy pobre y fué él mismo a buscar a la próxima farmacia el remedio que había recetado; salía ya con él cuando intentó atravesar la calle inmediatamente después o detrás del carro del tranvía que subía, por esta razón ni vió él un auto que bajaba, ni lo vió a él el chauffeur, que con la pendiente venía muy acelerado, sino cuando ya estaba encima. Le debió de dar con un aparafango un golpe que lo lanzó contra un poste de teléfono triturándole la base del cráneo y trayéndole la muerte casi instantánea, pues cuando el mismo hombre lo cogió del suelo y lo trasladó al hospital, parecía ya muerto”.

“Decirle que la noticia cundió en un minuto y que minutos después toda Caracas estaba conmovida, es de más”.

“Del hospital lo trasladaron todavía sangrando por todas partes a casa de uno de sus hermanos, y allí lo han tenido hasta hoy rodeado de cariño y de lágrimas, que por una vez a la par que merecidas eran muy sentidas...”

Oid ahora lo que me escribe Bartolomé, fraterno amigo suyo y mío, once días más tarde:

“Abrumado de dolor por la muerte de nuestro querido Hernández, apenas repuesto del estupor de esta gran desgracia las primeras líneas que escribo son para ti, como fué hacia ti mi recuerdo al recibir la noticia...”

...“En nada de lo que leas en la Prensa respecto a los honores que se tributaron a nuestro insigne amigo, hay exageración. Fué una manifestación insólita. Se oculta en los relatos que el sentimiento popular estuvo a punto de provocar conflictos graves. En la Catedral el pueblo gritaba a las puertas “el Doctor Hernández es nuestro!...” Como en el interior del templo no se oyese bien las voces, hubo alarma grande y agitación, que calmó el Padre Lovera subiendo al púlpito y tranquilizando a los que estaban dentro. Al salir el féretro el pueblo lo arrebató a los estudiantes que lo llevaban y no hubo medio de evitarlo”.

“No tengo calma para decirte ahora sus proyectos de nueva vida que se proponía hacer. Tenía resuelto ir a Europa el año próximo a poner en orden sus trabajos de Histología y escribir su obra sobre esta materia que lo ocupaba hacia muchos años. Mi pena aumenta al considerar que tan hermosa resolución y la obra que había de resultar de ella hayan quedado cortadas con su vida...”

Lamento muy de veras no poder leerlos íntegro el texto de ambas cartas exuberantes de sentimiento y de amistad; pero el tiempo apremia y temo fatigar de más vuestra atención.

Cuanto a mí, en el Norte, hundido en indecible aflicción, al golpe de la terrífica noticia de la muerte del hermano y compañero, condensé mi dolor en las breves palabras siguientes que la Revista "Ciencia y Hogar", de Caracas, imprimió: *"Nada podría expresar la intensidad de mi cariño por él, ni mi respeto por sus virtudes: llenaron mi juventud y quedaron para siempre arraigadas dentro de mi ser"*.

Fray Marcelo, mártir y santo, se encuentra seguramente en el Empíreo, en uno de los coros angélicos que rodean el trono del Señor, gozando la presencia de Dios. En nuestra mísera tierra tampoco ha muerto por completo José Gregorio Hernández: pruébanlo este homenaje que le estamos rindiendo en el vigésimo quinto aniversario de su tránsito, y las múltiples manifestaciones con que en el día de hoy hanse evocado su nombre y sus virtudes. Su memoria perdura en monumentos literarios, como el magnífico "Estudio crítico-biográfico" de Núñez Ponte; en monumentos de piedra, hospitales, asilos y escuelas que llevan su nombre; en concursos y premios. Fáltanle, empero, el bronce o el mármol que exhiban ante el pueblo la apacible figura del sabio y del filántropo. Su memoria persiste, incólume, tan viva hoy como hace veinte y cinco años, en el corazón agradecido de ricos y de pobres —tal como persiste en el cielo el fulgor de astros que estallaron y desaparecieron del firmamento millares de siglos ha.

Calle el arpa doliente su elegía, cese el luctuoso himno, y vuelva al silencio mi recuerdo...

S. A. D.

Caracas, 29 de junio de 1944.

(Separata de "Revista Nacional de Cultura", N° 45, julio-agosto de 1944).

EPISTOLARIO

DEL

DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ

CARTAS DE HERNANDEZ A DOMINICI

Como epílogo a la Elegía pronunciada en la conmemoración del vigésimo quinto aniversario de su muerte, hemos creído interesante publicar las siguientes cartas de José Gregorio Hernández, no porque revelen hondas concepciones filosóficas, ni grandes descubrimientos científicos, ni nuevas formas literarias, sino meramente porque son autógrafos juveniles de aquella personalidad excepcional, única en nuestros fastos por el conjunto de sabiduría y de virtudes y por la tragedia de su vida. Son epístolas de los veinte años escritas al amigo y compañero de estudios que aún cursa en las aulas universitarias, por el recién doctorado que acaba de abandonarlas y se ha lanzado a la ardua tarea profesional —con el objeto de referirle las aventuras e impresiones del novicio que busca en la región nativa sitio apropiado en donde comenzar la benefactora carrera que ha de llevarlo a la cumbre del ejercicio profesional y a brillar como lumbrera científica de primera magnitud. Son además documentos históricos, no sólo por tratarse de la primera época de aquella eximia personalidad, sino porque pintan el peculiar ambiente serrano de hace más de medio siglo, en el cual se efectuaron los ensayos iniciales del médico insigne— hasta el día en que una vulgar intriga, muy criolla, para bien suyo y de la humanidad, lo obliga a partir de aquellos campos súbitamente hostiles.

Con sencilla ingenuidad, con átrayente facilidad, y a las veces con emoción, dichas cartas expresen la nostalgia de la capital y de los claustros en donde transcurrieron los felices despreocupados años del estudiante. La añoranza del fraterno compañero y de los dilectos amigos las perfuma con repetidos recuerdos, saludos y expresiones de cariño, que nos duele suprimir en gran parte a fin de abreviar su lectura. El sentimiento de la amistad pura y libre de engaño o disimulo —el más dulce bien que, según los antiguos sabios, conceden los dioses inmortales— es música que en cada una de ellas vibra intensamente.

S. A. D.

Agosto de 1944

I

Curacao, Agosto 21 de 1888.

Sr. Santos A Dominici

Caracas.

Muy querido amigo:

Hoy llegamos a esta ínsula después de haber tenido una feliz navegación y de habernos detenido dos días en Puerto-Cabello.

Seguí tu consejo respecto del mareo y me fué tan bien que no sentí absolutamente nada: es verdad que me distraía leyendo al iustre Dr. Matheus. A bordo, y de La Guaira venían muchos pasajeros, lo cual nos tenía un poco incómodos; pero cada cual se colocó como pudo y la noche se fué rápidamente. En el puerto me informé si alguien me daba razón de la casa de Elanita, y me dijeron que estaba en el campo hacía días: de allí (que era en la Alameda) fui a oír misa, y tuve ocasión de ver toda la iglesia, que es algo pequeña pero estaba bien adornada, preparada para una fiesta.

Durante la misa ya tú te imaginarás que hacía mi súplica ordinaria para que el cielo conserve, durante esta ausencia, el cariño que nos une e hizo de nuestras dos almas una sola para mayor beneficio mío.

Hubo sermón: yo no sé qué opinión formarían de él los porteños; pero me pareció bastante malo. Después del sermón me fuí a bordo porque era la hora de almorzar y la misa tenía apariencias de durar mucho.

Toda la tarde estuve en el vapor, muy triste porque yo nunca pensé que iba a ser tan dura para mí esta venida, que cada día se me hace más cuesta arriba el soportarla.

Durante la noche creí estarte esperando para ir a la plaza y me hacía la ilusión de oír la música de la retreta; dormí pésimamente y con un calor espantoso. El lunes

por la mañana salí a la ciudad con Clara Couturier que quería conocerla y estuvimos paseando hasta la hora de almorzar. Puerto Cabello me hace muy mala impresión con sus calles estrechas y sumamente sucias; las *rosas* abundan de un lado y otro de las casas y con un perfume asombroso. Las muchachas del pueblo (únicas que ví) son todas anémicas y con aire de curazoleñas.

En la tarde salimos y entonces fué que me sentí un poco mareado, seguramente porque como no tenía que leer, no pensaba en otra cosa; pero fué cosa de pocos minutos porque me acosté y todo pasó.

Escribeme pronto y dime como les fué en el tren, porque creo que siempre se fueron esa tarde: ya tú sabes como me gusta que tú me cuentes las cosas.

Voy a ver si tengo tiempo de escribirle a Pedrito: al Dr. lo haré de casa. Dale un abrazo.

Un saludo mui cariñoso a las niñitas; a las Azpurúas otro. Dile a Toro que entregué hoy su carta.

Contéstame. Tu amigo que te abraza

Hernandez.

Maracaibo, Agosto 30 de 1888.

Señor Santos Aníbal Domínici.

Muy querido amigo:

Te escribí de Curacao y ya debes haber recibido aquella carta, que fué por el Valencia.

En Curacao estuve cuatro días en los cuales tuve tiempo para conocer lo que me faltaba de esa ciudad: ví los hospitales conducido por un viejo que me presentaron, el cual es médico holandés y se llama el Dr. Langskberg: hay mucho aseo, como que está servido por hermanas de la caridad, y me he convencido más de la utilidad de esta institución, ya que las monjas hacen todo con una heroicidad que sólo da el catolicismo. Había un hombre que tuvo una fractura del fémur, y, por haberlo mantenido cerca de 40 días en un aparato inamovible de madera, tuvo una inmensa escara de decúbito; había que tenerlo enteramente desnudo y lavarle constantemente la úlcera, y en la cara de la hermana que lo asistía vi tanta santidad durante la cura que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada.

El tercer día de haber llegado fui a conocer detalladamente el colegio que está fuera de la ciudad: conocí a la monja de más fama como instruida y como piadosa, a sor Josefa; sabe francés, inglés, alemán, holandés, español y latín; botánica, mineralogía y química; toca piano admirablemente, pinta lo mismo y en las labores de mujer es inimitable; cuando supo que yo había estudiado medicina me dijo que ella le tenía cierta aversión porque, después de haberla estudiado un poco, fué para ella ocasión de pecado por haberse sentido orgullosa de conocer algo de esa ciencia... El Doctor Langskberg me dijo que era ella quien le había enseñado a diagnosticar y tratar la fiebre amarilla.

Lo demás del colegio es inmejorable, las niñas son cuidadas como por sus madres: se atiende tanto a su desarrollo físico como al trabajo intelectual y educación de sociedad.

Mira hasta donde llega misia E. V.: tú sabes que yo traía una carta para María, y cuando fui al convento la entregué a sor Josefa, la que me dijo que sentía mucho no presentarla en la sala porque la madre le había dicho que solamente permitiera que la viese el que llevara una orden *escrita* para ello!... Después me dijo una señora en la posada, que élla la vió porque en el momento de entrar al convento salían las niñas a hacer ejercicio en los alrededores, y que le había sorprendido mucho verle un anillo de compromiso: entonces fué que me expliqué todo.

En Curacao compré camisas, calzones interiores y dos vestidos de género, y cuando acabé de pagar me encontré que había gastado tanto que no tenía con qué pagar el pasaje para aquí; afortunadamente que aquel señor más delgado de los que comían con nosotros en Macuto y que se hizo muy amigo mío, ya desde antes se había puesto a mi disposición y me facilitó hasta aquí los veinte pesos que necesitaba.

Ya se acercan las clases: acuérdate de lo que te dije. De casa te contaré como me ha ido en Maracaibo porque ya no tengo tiempo para seguir escribiendo; el día primero del entrante estaré con mi familia.

Dile a Eduardo Andrade que su carta la entregué a Manuel Angel, porque Eduardo está en la cordillera en un negocio de botica según unos, o en persecución de una niña según la versión que se admite con más generalidad. Cariños a José Andrade.

Un abrazo al Doctor, cariños a las niñas; cuando vayas casa de las Azpurúas les dices que entregué sus paquetes y carta, y dinero; y les das un saludo, que de casa les escribiré.

Constéstame pronto y recibe un estrecho abrazo de tu amigo.

Hernandez,

III

Betijoque: Setbre 12 de 1888.

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo:

Ayer tuve el gran placer de leer tu carta fechada 18 de agosto. No te había escrito desde el mismo correo que pasó el siguiente día de mi llegada, porque estuve desde ese día enfermo con una fiebre que me tuvo muy asustado creyendo podía ser algo serio; no sucedió así y ya estoy completamente restablecido aunque muy débil.

En Maracaibo pasé siete días muy agradables. Manuel Angel se esmeraba por que yo me distrajera, para lo cual ponía en juego todos sus recursos de hombre fino y atento; me presentó a todos sus amigos, que son de lo más escogido como ya te imaginarás y mozos sumamente agradables; sobre todo uno del interior, un joven Salinas que es de un trato encantador y muy simpático de fisonomía; entre él y Manuel Angel me iban a buscar al hotel todas las tardes para enseñarme la población, que esta vez ya sea por verla acompañado o porque realmente fuera así, me pareció muy bonita y adelantada.

Durante el día, o mejor dicho por la mañana, el Doctor Dagnino me llevaba a ver sus enfermos y no solamente los del hospital, sino los de la clientela privada también: me presentó todos los médicos notables de la ciudad, lo mismo que las personas de su amistad.

El hospital está muy bien atendido, y edificado de un modo enteramente de acuerdo con la ciencia moderna: salas vastas y bien aereadas, muy limpias y con camas y demás muebles en mui buen estado. Adjunto al hospital y formando cuerpo con él, está el anfiteatro que no tiene muy buena distribución; suponte una serie de salas largas como la de la clase de Anatomía de allá aunque más

angostas; en cada una de éstas hay una mesa y algunas sillas, pero las primeras si están muy adecuadas y arregladas con tornillos para la cabeza, etc. etc. Pero, como ya tú habrás pensado, este edificio es bastante incómodo para el objeto a que está destinado; me gusta muchísimo más el nuestro de allá aunque tiene menos aparato. El Doctor Dagnino me dijo que si él hubiera estado en Maracaibo cuando se trató de hacer ese plantel, habría hecho todo lo posible para desviar la corriente civilizadora en otro sentido y haber hecho una maternidad en vez de anfiteatro; puede ser que la ingerten en este.

Las iglesias también son muy bonitas y adornadas con mucho gusto; todos oyen misa con mucho recogimiento, y me llamó más la atención esto, porque la misa que yo oí el domingo que estaba allá, fué la de diez, que es a la que van todas las niñas y dandys del lugar.

El último día de mi permanencia allí Manuel Angel me regaló un termómetro, y el día antes me había invitado a pasear en coche, obsequio de mucho valor en Maracaibo donde los coches son caros y difíciles de conseguir.

Ya ves por esta ligera exposición que conservo un sentimiento muy natural de agradecimiento por la amabilidad de todos los Dagnino durante mi venida a Maracaibo.

Después tuve el placer de ver a toda mi familia que estaba la mayor parte buena, aunque papá siempre está con sus ataques de asma que no han querido ceder a ninguna cosa de las que le he indicado; consulta tú con Vaamonde a ver qué medicamento le ha dado a él mejor resultado; yo le he hecho un examen muy superficial porque esa fiebrequita me ha impedido hacer muchas cosas, pero creo que es esencial.

Aquí he tenido varios enfermos, un caso de aborto del mes de julio y cuya hemorragia no había cesado; ya está fuera de peligro porque hace tres días que se suspendió el flujo: no me atrevi a practicar el taponamiento por haber transcurrido ya mucho después de la expulsión del huevo y yo creí que la hemorragia no dependía de retención placentaria sino de una sub-inflamación; y lo que me hacía creer esto era que cuando le daba quinina o ergotina aumentaba el flujo, lo que ya tú sabes por qué es. Voy a consultar con Morales para ver si en este caso y cuando la sangre es muy abundante se puede

practicar el taponamiento; dos casos de disentería aguda, los cuales aunque han mejorado un poco, no están bien todavía; y un caso de tuberculosis.

Ya tú ves que para hacer tan poco tiempo que estoy aquí no deja de ser algo y me da esperanzas de poder reunir dinero suficiente para que hagamos nuestro proyectado viaje a Europa; papá dice que él cree que haré más de los tres mil pesos que pongo como cifra indispensable para poder estar algún tiempo en París.

He paseado a caballo dos o tres veces con algunos amigos de aquí que se empeñan en que esto me parezca menos feo de lo que realmente es: empeño inútil porque la fealdad de lo de por aquí está más allá de toda descripción; y eso que la variedad en las costumbres y maneras son cosa que me divertirían si no me atacaran los nervios por la antipatía que tengo a toda la gente de por acá.

Me olvidaba decirte que en Maracaibo ví un examen de bachiller en medicina de un joven que me dijeron era de lo mejor de la clase: ya tú sabes mi opinión antes de haber visto los exámenes de allá: élla es la misma hoy.

Mándame un alfabeto alemán porque el que yo traía se me ha traspapelado y no he podido volver a encontrarlo.

Siento que el vice-rector no se haya muerto antes; veo una ocasión muy propicia para que Urbano se aproveche y de la cual creo que sabrá sacar buen partido. Dime si ya sabe que lo quitaron de terapéutica.

No me dices nada del hospital decretado; yo lo supe en Maracaibo. Dame detalles.

Hasta que no reciba contestación de la carta que te hice de Maracaibo no voy a estar tranquilo porque, como ya la época de clases se aproxima, quien sabe si tú ya te has preparado a pasarla confortablemente.

Puede ser que les escriba a las Azpurúas.

Cariños a todos los amigos, saludo a las niñas. Contéstame y escíbeme por todos los vapores y me cuentas todo.

Tu amigo que te envía un estrecho abrazo.

Hernandez

IV

Betijoque, Set. 18 de 1888.

Sr. Santos Aníbal Dominici

Caracas.

Mi querido amigo:

No he vuelto a recibir ninguna carta tuya desde que contesté la semana pasada tu primera escrita para mí; ya te he escrito cuatro veces con esta y todavía no he tenido más que una vez el gran placer de leer tu conversación escrita.

Pienso ir en esta semana a Valera, porque creo que de estos pueblos es el único en que me puedo situar y en el que se presentan más enfermedades que me hagan tener una práctica variada e instructiva; si resuelvo quedarme allá te lo escribiré inmediatamente para que dirijas tus cartas a ese lugar, lo cual me agrada mucho más porque así las puedo leer inmediatamente que lleguen.

No dejes pasar ninguna ocasión sin escribirme: recomendación que creo y es inútil, una vez que es mutuo el deseo de estar juntos aunque sea por escrito. Ya desde ayer debes haber empezado tu quinto año; no tengo ninguna duda de que harás por tu amigo y a su nombre lo que te decía de Maracaibo.

En estos días he leído un libro que me habían dado en el colegio y que nunca había hojeado; tiene la originalidad de no decir quién es autor en inglés, y sólo dice que es imitado de este idioma por J. Girardin, que supongo sea de la familia del famoso Emile de Girardin. Se llama Tom Brown y es una descripción de la vida del colegio en Inglaterra, pero tan exacta y detallada que había momentos en que creía que tú me estabas contando aventuras de tu colegio de la nunca bien alabada Trinidad; los mismos juegos de football, de cricket, etc., etc., las mismas carreras y la gloria que deseaban adquirir los muchachos, de ser los más afamados en la carrera: todo es igual y en un francés mui elegante; ya lo leeremos cuando mi buena suerte nos vuelva a reunir, siempre que

para entonces exista, porque los muchachos de aquí luego que descubrieron que tenía láminas se lo disputan acaloradamente, y eso produce continuas riñas y batallas que todas amenazan con suplicio de muerte al infeliz libro.

Mis enfermos todos se me han puesto buenos aunque es tan difícil curar a la gente de aquí, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas: creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen diciendo palabras misteriosas, en suma yo nunca me imaginaba que estuviéramos tan atrasados por estos países. La clínica es muy pobre: todo el mundo padece de disentería y de asma, quedando uno que otro enfermo con tuberculosis o reumatismo; afortunadamente que mi espléndido libro de Pepper tiene artículos inmejorables sobre esas y todas las enfermedades; sólo siento que cuando lo vayamos a leer no te parecerá tan bueno por haber envejecido ya la mayor parte de los capítulos. La botica es pésima; suponte que el boticario es un aficionado solamente y que me dice "Nosotros los médicos", porque a más de ser aficionado a la farmacia lo es también a la medicina, y la primera vez que habló conmigo me aturdió con un tecnicismo indigesto y estúpido: me contó que curaba la disentería con cinco gramos de quinina al día, y como yo me asustara, me tranquilizó completamente y me aconsejó que así lo hiciera ya que la ípeca no daba resultado: quién no da resultado es él, y él quien está llenándose de fastidio; afortunadamente que yo no he de quedarme aquí sino que, como ya te dije, iré a Valera.

No les voy a escribir a las Azpurúa hasta la otra semana porque ahora no tengo tiempo ni papel y por la misma razón no lo hago a Perucho hoy; creo que esta carta te va llegar junto con la de la semana pasada, que según creo debe estar en Maracaibo esperando el vapor: me alegraría que te llegaran juntas para que te sirviera de estímulo; en la de la semana pasada le escribí a Pedrito y también al Doctor.

En casa todos hablan de Ustedes como si los conocieran desde hace mucho tiempo; es verdad que el furor que aquí hay es todavía poco para el que debe ser.

Escríbeme y cuéntame todo y todo: yo quiero que seas muy minucioso.

Tu amigo que te abraza estrechamente.

Hernandez.

Isnotú: octubre 2 de 1888.

Señor Santos A. Dominici.

Caracas

Muy querido amigo:

Mi última carta fué del 16 ó del 18 del pasado, si mal no recuerdo, y no te escribí el 25, que también había correo, porque estuve sumamente ocupado en Betijoque con una enferma que tuvo una retención de orina desde hacía once días a consecuencia de un parto laborioso: orinaba por poquitos, lo cual no me engañó porque justamente acababa de leer en Playfair esa causa de error tan sumamente común; le puse la sonda y le extraje una inmensa cantidad de orina, y le ha quedado una cistitis que le he estado tratando y de la cual está ya mui mejor. Ya ves que fué mui a mi pesar que dejé de cumplir con el deber gratisimo que me he impuesto de escribirte todas las semanas para darte cuenta de todo lo que me sucede durante este corto espacio de tiempo.

No he vuelto a recibir carta tuya desde la del 30 de Agosto, lo cual no ha dejado de tenerme muy inquieto, porque además de mi pena por otros respectos no he olvidado que me decías en esa carta que habías estado enfermo. No sé si te habrá sucedido alguna vez como a mí; pero, cuando recibo una carta de una persona que quiero y en ella me dice que ha estado enferma, no vuelvo a gozar de tranquilidad hasta que no recibo otra carta. Este susto no carece de fundamento atendiendo a que allá hay correo por Curacao cada ocho o diez días por la línea D Roja, fuera de que los vapores de la Mala Real y los de la línea holandesa también llevan correspondencia.

Te parecerá increíble que todavía no haya conocido una persona con la cual se pueda conversar un cuarto de hora siquiera; es verdad que no he salido de aquí y Betijoque: me levanto a las siete para que el día se pase más ligero, veo tres o cuatro enfermos que tengo aquí, luego voy a Betijoque a caballo y veo los de allá, que son: la mujer de la cistitis, un señor que tiene una irido-coroiditis y una vieja con fiebre en la que todavía no he hecho mi diagnóstico, sospecho que sea una tifoidea. De Betijoque vuelvo a almorzar, leo un rato hasta las tres en que les hago nueva visita tanto a los de aquí como a los de aquel lugar; como a las seis, y la noche la paso leyendo o sin hacer nada.

No me he vuelto a afeitar: figúrate qué fisonomía tan respetable la que ahora ostento, llena de una barba que cada día aumenta de algunos milímetros, y todo ello me agrada mucho porque me divierte el verme tan horroroso; la gente de aquí nada nota porque los jóvenes en este país no acostumbran hacer uso de la navaja, esto tiene la ventaja de que uno se quema menos con el sol puesto que la espesa e hirsuta barba lo protege, no obstante esto hoy me tienes con una fuerte neuralgia dependiente de haber aguantado ayer un chorro de sol capaz de derretir a cualquier cristiano.

Esta misma semana se va para allá el Sr. P. A. Salas con el cual te mando un poquito de dulce de leche para que lo coman allá todos, es hecho aquí en casa; deseaba haberte mandado unos bocadillos, pero como este señor ha dispuesto su viaje repentinamente, no ha habido tiempo de encargarlos a Mérida que es en donde se consiguen buenos. Mi tía no quería que te lo mandara porque dice que da pena regalar eso: es que ella no sabe quienes somos nosotros y cree que debe haber alguna etiqueta; ese señor que lo lleva me dijo que se hospedaría en casa de Ayala, que es aquella casa de huéspedes que queda en la calle que va a la escalinata del calvario cogiendo por casa de Duprat, una casa de alto en la cuadra que está antes del puente: te digo esto para que lo mandes a buscar.

Cariños a las niñas, un saludo al Doctor de parte de papá y de todos nosotros.

Tu amigo que te abraza muy estrechamente.

Hernandez

VI

Isnotú, Octubre 8 de 1.888

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo:

Ayer tuve el gusto grandísimo de leer tu carta del 11 de Setiembre, segunda alegría que he experimentado en el tiempo que ha transcurrido desde nuestra separación. La semana pasada te escribí, y en el mismo vapor te envié con el Sr. Pablo Antonio Salas un poquito de dulce de leche: ve a buscarlo casa de Ayala, que es en donde se hospedaré. Si acaso ese Sr. se ofrece para traerme cartas no aceptes, o mejor dicho no me escribas con él.

No he podido ir a Valera, como te decía en una carta anterior, porque algunos de mis enfermos todavía no se han puesto buenos, pero creo que pronto podré ir aunque tal vez no sea para establecerme allí, como pensaba, por estar recién llegado a ese lugar uno de los mozos que se graduó en Caracas y que había ido de Maracaibo: es un tal Rodolfo Pérez.

Si yo fuera a juzgar por el modo como me ha ido en este mes que tengo de estar aquí, de los demás meses igualmente, creo que estaría muy satisfecho puesto que este mes, a pesar de ser una época sana, calculo que me producirá unos ciento cuarenta a ciento cincuenta pesos; ya ves que no es muy poco para un lugar en que hay tan poca gente y en que la mayor parte son personas amigas a las cuales es imposible cobrarles. Yo estoy asombrado de saber todo lo que pedía A... cuando estaba aquí: un arrendador de papá, joven todavía, tuvo un chancro blando y por la curación le cobró cuatro onzas, y eso que se lo curó tan mal que le dejó perforar la uretra, porque

el chancro estaba en el frenillo, y ahora el infeliz se encuentra con una especie de hipospadias. Se hizo ver conmigo, pero creo mui difícil una operación de autoplástica, una vez que hay poca materia disponible habiendo sido el balano destruido en gran parte por el fagedenismo del chancro.

Pero tengo dispuesto hacer un pequeño paseo por todos estos lugares y situarme en aquel que me parezca más adecuado a mi negocio; tal vez será en Boconó que es el lugar en que hay más gente y en el que todas las personas son acomodadas: además hay la circunstancia de que los médicos de allí, que son dos, están ya viejos y saben de medicina lo que yo de chino.

Abrigo mui grandes esperanzas de que iremos a Europa, si Dios lo permite, para que luego que vengamos nos situemos en el mismo lugar, para llenar de ese modo todas nuestras ilusiones de estudiantes; es una idea que me hace tan feliz que creo no poderla realizar nunca, ya que en este mundo uno no puede gozar de felicidad. Me hago planes para entonces a cual más halagüeño, y en eso ocupo los ratos que tengo desocupados.

Me ha gustado mucho la idea del Doctor de buscar a Parra para que le dé lecciones a Pedrito, puesto que así aprovechará todo su tiempo y aprenderá mucho, siendo Parra un mozo que sabe y que tiene facilidad para enseñar, añádase a eso la asombrosa inteligencia de Peruchio y además la oferta que me ha hecho de ganarse este año la medalla.

Te doi las gracias por lo del estudio; mi deseo se explica perfectamente: he encontrado un finísimo diamante y me asusta y llena de terror la idea de perderlo. Dice un refrán que la avaricia rompe el saco, pero creo que en este asunto tengo sobrada razón para ser avaro y aun creo que lo soy poco.

No dejes de decirme siempre en tus cartas cuál fué la última que me escribiste, para saber si se pierde alguna, lo cual creo mui difícil siempre que vengán por Curacao; lo más que puede suceder es que se retracen como sucede con esta tuya que llegó aquí justamente a los veintiseis días de haber salido de allá; pero en fin siempre llegan.

Avísame cuando llegue un medicamento nuevo y la terapéutica que traiga: nuestro periódico por último no lo han mandado; dime si será bueno que te mande una

carta para Bailliere en que le reclame el envío de él. Siento que no lo hayan mandado porque en esos periódicos siempre vienen tratamientos muy buenos y también los medicamentos que se van descubriendo.

En mi última carta te decía que me había dado un dolor en la cara; al principio pensé que podría ser una neuralgia, pero por fin me saqué la muela y se me quitó inmediatamente después que me había tenido cuatro días con sus noches con el dolor; afortunadamente aquí tenemos un hombre hábil en esta materia.

Dile a Inesita que agradezco muchísimo su recuerdo por el cual veo que ella es una amiga tal como yo la había creído y aun mucho mejor, por las raras cualidades que todos los días se descubren en ella.

Siento que no hayan ido a ver a las Azpurúas y más siento no haberles escrito todavía por falta de estampillas para el exterior; aquí cuesta tanto conseguir las que para que mis cartas para tí puedan ir, necesito enviarlas a Maracaibo y recomendarlas a la casa de Rivas & Garberras: tal vez en el otro correo les escribiré; tenme al corriente del matrimonio de Inesa y dime de donde salió ese bienaventurado varón.

Aquí me han asegurado que Eduardo Dagnino —que se encuentra por estos lugares, aunque yo no he podido verlo— piensa seriamente en casarse con aquella niña de que nos hablaba Eduardo Andrade, que se llama María Salinas, de una de las principales familias de estos lugares; más, me han dicho —lo que dudo mucho que sea verdad— que el Doctor Dagnino escribió al padre de la niña pidiéndosela en matrimonio para Eduardo y quedaron convenidos en que pronto los casarían.

Cariños a todos; retórnamele a Blanco su saludo.

Cuando tengas un lugar desocupado hazme el resumen puramente sintomático, por el estilo de los que Morales llevaba a la clase, de las ingurgitaciones e inflamaciones de hígado según Laveran: no es cosa de urgencia, pero quiero tener la historia sintomática diferencial según el proceso tenga lugar en los linfáticos, en las venas o en los conductos biliares.

Tu amigo que te da un estrecho abrazo

Hernandez

VII

Isnotú, Octubre 16 de 1888.

Sr. Santos Anibal Dominici

Caracas

Muy querido amigo:

Ayer recibí tu carta del 27 de Setiembre que es la tercera tuya que tengo en mi poder; así es que se perdió una en el camino.

Mucha seguridad tengo yo de que mis caprichos no te han de disgustar y aunque te disgustaran no me importaría eso gran cosa hoy que la distancia multiplica, si cabe, nuestra mutua y verdadera amistad. Noto que —ofendido porque te venci ignominiosamente (para tí, se entiende)— traes a colación mui inoportunamente nuestra discusión sobre el agradecimiento, con el único y mui manifiesto objeto de llamar mis luminosos argumentos con el feísimo építeto de estúpidos.

Hace unos tres o cuatro días que tuve el dolor de perder una enferma; dolor que ha sido tanto más vivo cuanto que es el primer enfermo que me toca encarrilar al cementerio: no pude seguir tu prudente costumbre de preguntar a algún pulpero por la razón mui sencilla de que no los hay en todo alrededor: según el refrán holandés una vez no es costumbre.

La carta de Doin no puede ser más incivil, porque esa gente se imagina que nosotros somos un poco menos que salvajes y que en consecuencia están libres de no usar ninguna cortesía una vez que se trata de la América del sur; no creo que ellos deba reclamarles la letra perdida porque yo creo que ellos no la han cobrado y si la cobraron no lo recuerdan y de todos modos soy yo quien pierde; me parece que no debo contestarles porque el único modo de hacerlo sería enviarles la carta en que me ofrecen el descuento y esta última; pero aquella seguramente se per-

dió allá cuando me preparaba para venirme porque no está aquí: o también se les puede contestar que no recibí a Playfair y Brouardel, ya que ellos todos me los enviaban recomendados menos esos dos, y por consiguiente no pueden reclamar; además de que en su catálogo ofrecen enviar todas las obras que les pidan recomendadas: no hay ningún peligro en esto porque ellos no los vuelven a enviar seguramente y aunque no importaría mandarles los fs. 7,50 sería necesario conseguir una letra por mayor valor y ahora no necesito encargar más libros.

Mucho me ha sorprendido lo que me dices de cambios universitarios: yo creía que los harían más silenciosamente, pero veo que prefieren hacer ruido o tal vez serán bolas que hacen correr para mayor diversión de todos; me parece que es muy difícil poner en la Universidad otra vez a Calixto y a Morales a menos que hagan una reforma muy completa y que transformen el instituto: tú sabes que Morales me dijo que aceptaba si disminuían el número de clases semanales, y para hacer esto hay que hacer una reforma de todo nuestro sistema de estudios antiguo: ya ves que para eso se necesitaría muy buena voluntad y un erario muy repleto.

La idea del hospital me entusiasmó cuando tuve noticia de semejante portento, mas luego viendo quienes son los de la junta directiva me he acordado de la historia aquella de la estatua de Bolívar que nos contó el viejo Aguerrevere; deseo equivocarme y ver pronto ese gran adelanto que tanto honrará la presente Administración; y toda la alegría que yo pudiera tener sería poca si junto con crear el hospital lo organizaran bien creando clínicas y nombrando para desempeñarlas a hombres competentes y serios: lástima que todo ese adelanto no haya sido en nuestro tiempo.

Mañana me voy para Valera a ver qué tal me parece ese lugar para establecerme; creo que no podrá ser allá que me sitúe por ser muy pequeño y estar habitado por tres médicos entre los cuales está ese joven Pérez de que te hablaba en mi carta pasada: también tiene el inconveniente de ser sumamente caluroso, por estar situado en una hondonada que forman estas caprichosas cordilleras, que hai veces en que creo que se complacen en humillar la imaginación más viva presentándole un cambio continuo de paisajes a cual más atrevido y variando al infinito la temperatura en insignificantes distancias.

Por aquí me he encontrado con el doctor Luis Razzetti; yo no sabía que estaba por estos mundos, cuando me sorprendió con una tarjeta desde Maracaibo en que me dice que pasó por aquí y no pudo detenerse; pero que lo hará a la vuelta que será dentro de dos meses; probablemente dentro de dos meses ya no estaré aquí.

La noticia que te daba en mi carta anterior respecto al matrimonio de Eduardo Dagnino es mui cierta, como también el que tiene la aquiescencia del Doctor; no lo creería si no fuera que el mismo Eduardo de paso para Maracaibo se lo dijo a un amigo de Betijoque y le contó que el Doctor fué quien arregló el asunto; yo no conozco la novia, aunque es probable que la vea hoy que me dicen que pasará por aquí yendo para Maracaibo al centenario: deseo que no sea así para que esté en Valera cuando yo vaya.

Mui elegante el cuadernito, muchas gracias; yo no te decía que me compraras un muestrario de escritura alemana, sino que con tu propia mano me escribieras las pocas letras de que consta el alfabeto de aquel idioma, el cual hubiera tenido la ventaja de hacer menos costoso el envío por el correo; pero, en fin, no por eso ha dejado de gustarme y también me será mui útil, solamente que de ahora en adelante habré de ser sumamente explícito para evitar errores que te son perjudiciales: verdad es que éste no fué un error sino una pedantería de las que te son favoritas.

Si el Doctor Ríos hubiera leído el artículo de Verneuil sobre el estado general y traumatismo, se habría puesto en guardia contra lo que pudiera suceder y nada se habría dicho de él: es verdad que no todo el mundo se llama Morales para saber tanto, y además que para saber cirugía se necesita haberla practicado muchísimo y con mucho método.

Me parece mui bien el viaje de las niñas porque, además de cumplir con él un ofrecimiento ya viejo, les será mui provechoso a su salud, particularmente a Elinita que siempre padece de debilidad. Dile a Ynesita que me haga el favor de dar un saludo a la familia toda y en particular a Belén, Chinchirá y Dolorita; creo también mui bueno que tú las vayas a buscar en Diciembre, y, si no se quieren venir para entonces, siempre te vayas a pasar allá la vacante; te respondo de que te irá mui bien.

Tuve el mayor placer que he podido tener, puesto que recibí contestación del Doctor: en ella me anima mucho y me dice que tú le dijiste que había tenido mucho éxito con mis enfermos; creo que te has propasado en dar una noticia que tú desearías mucho que se verificase, pero que está mui lejos de suceder así: se me figura que el Doctor se ha olvidado ya de mí cuando de tan buena fé habla de mis *muchos conocimientos científicos*, que —no lo puedo remediar— tanto se me parecen a aquellas famosas virtudes apostólicas del cardenal Dubois.

Le pedí a Pedrito una copia de la composición de Víctor Hugo, en francés y español, que tradujo el Doctor, como también de la plegaria; él no me las ha mandado todavía y creo que ya no lo hará, así es que tú me las mandarás porque las niñitas están locas por leerlas y quieren tenerlas a toda costa.

He leído todos los artículos de Pepper que se refieren al estómago e intestinos: ya no se puede ir más allá porque son perfectos; habla del uso de la sonda de Faucher para el lavado del estómago con una perfección que no había encontrado ni siquiera en Dujardin-Beaumetz: tú verás y luego conversaremos sobre eso.

Cariños a los Andrades.

Mis hermanos están aquí conmigo: papá piensa mandarlos a New-York dentro de algún tiempo a estudiar comercio; retornan tu saludo lo mismo que las niñitas.

Un saludo para el Doctor y las niñitas mui cariñoso.

Tu amigo que te abraza

Hernandez

VIII

Valera, Octe. 22 de 1888.

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo,

Desde el 18 del presente me encuentro en este lugar, como te decía en una de mis anteriores, viendo qué tal me parece para establecerme definitivamente, y estudiándolo para ver si, por el número de sus habitantes o por su situación central con respecto a los otros pueblos de por aquí, permitía esperar una clientela variada y principalmente productiva; pero, a juzgar por lo que he visto y me han contado las personas mejor informadas, veo que de ningún modo me conviene establecerme aquí.

Suponte una planicie, o mejor, no es una planicie sino un valle sumamente hondo, un punto adonde llegan todos los caminos que van a los otros pueblos de la sección, de modo que forzosamente tiene que pasar por aquí el que vaya a otra población cualquiera, y eso hace que sea punto muy central y de mucho movimiento comercial. Si ahora lo consideráramos intrínsecamente, vemos que tiene aproximadamente tres o cuatro mil habitantes, según mi cálculo, la mayoría italianos que son los comerciantes y por consiguiente los más acomodados, luego la sociedad fina que es muy pequeña, como que son casi todos miembros de la familia Salinas: después viene el pueblo, cuyas familias se mantienen con la cría de marranos y por consiguiente son sumamente pobres. Agrega a todo esto dos médicos que están aquí, uno que es el doctor L., discípulo de Mosquera y que ha estudiado tres años en Europa, hombre bastante instruido, pero que juega espantosamente y por eso descuida un poco a sus enfermos, pero no tanto como me habían dicho; el otro médico es el joven Pérez de quien te hablé en una anterior a ésta.

Creo que indudablemente opinarás como yo; dejaremos a Valera para los médicos que ya están aquí, que son mui suficientes y si no están de más es porque este es, como te decía, un lugar mui central y los forasteros suplen la pobreza en habitantes y en dinero. Por lo demás es mui pintoresca en situación topográfica y sirve de asombro a todo el mundo porque es una sorpresa poco común en la cordillera andina, puesto que estando en el corazón de la serranía, tiene una temperatura bastante elevada y no es raro que haya veintiocho y treinta centígrados a las cuatro de la tarde, mientras que a su alrededor hay una multitud de pueblecitos que distan tres, cuatro, el que más seis leguas, en los cuales el clima es bastante frío.

Luego que lleve a las niñitas a casa —porque me faltaba decirte que ellas quisieron venir conmigo— me iré a Boconó a ver qué tal es aquello, que según me han contado creo que me convendrá mucho, puesto que tiene más habitantes y más riqueza propia y un clima mucho mejor; me voi a informar más antes de ir para darte razón de todo, ya que tú debes saber todo esto por ser un asunto que me interesa mucho.

Antier te puse un telegrama; puede ser que no lo hayas recibido: también telegrafíé a Misia Pepita a Antímano.

Estoi loco por saber los nombramientos universitarios; mándame el decreto inmediatamente que salga: ya tú comprenderás que estoi mui intranquilo aunque Rojas ofreció a tu papá dejarlo en el rectorado; pero con estos hombres no hay seguridad, dicen hoy una cosa y mañana otra.

Las niñas de aquí son mui simpáticas y agradables; bailan mui bien, si me sigo por la única con que he bailado una noche aquí en casa con piano: me aseguran que hay otra que baila muchísimo mejor que la niña con que bailé; me he hecho mui amigo de esa afamada pareja y me ha prometido que en el primer baile que me encuentre con élla, tendré la segunda pieza: se llama María Reimí y es prima de la novia de Eduardo Dagnino.

Ya hace dos meses de nuestra separación; sólo me consuela y me anima la certeza que tengo de que contra nuestra amistad nada puede el tiempo; ni tampoco la distancia; sabemos recíprocamente todo lo que hacemos, como antes, con la sola diferencia de ser con algunos días

de intervalo. Hay veces que pienso ¿qué sería de nosotros sin el inmenso placer de escribirnos y contarnos todo lo que sucede?... .

Ayer ví desde lejos a aquel larguísimo estudiante de derecho llamado Maya; esto me puso sumamente triste porque me parecía que estaba en Caracas.

Aquí llegaba cuando recibí dos cartas tuyas: la una fué aquella, fecha 16 de Setiembre que me faltaba según tu cuenta: figúrate que la recibí con sellos de Nueva York. Me ha gustado mucho tu idea de numerar las cartas como haces con la que trae fecha ocho de octubre; es la quinta que recibo... Yo los domingos voi temprano a Betijoque a buscar mis cartas, porque de Maracaibo viene el correo ese día, y en la desesperación de llegar pronto medio mato la bestia y camino en veinte minutos —reloj en mano— una legua de serranía. Como te decía, me ha gustado mucho tu idea de numerar las cartas; recuerdo que me hablaste un día sobre eso pero no te entendí bien, y creí que sería en un lugar aparte y no en la misma carta; yo no puedo hacerlo todavía porque no recuerdo cuantas veces te he escrito, y sólo sé que todas las semanas, creo que con dos interrupciones solamente, todas las semanas te he escrito, solamente que como el vapor Maracaibo sólo va a Curacao cada once o doce días, y sus salidas no coinciden con las llegadas de la correspondencia de estos lugares, hay veces que las cartas se detienen en Maracaibo; pero (volviendo al sistema) cuando recibas ésta y me la contestes me avisas cuántas cartas mías has recibido, y yo numeraré entonces, puesto que de ésta en adelante ya iré enumerándolas aquí hasta que sepa cual es su número verdadero, para entonces ponerlo en las cartas.

Me ha ofendido el sustituto que, según me dices, me puso el Doctor Morales; déjalo quieto que ya se arrepentirá lo suficiente como todo el que por desgracia trata a semejante persona: déjalo quieto.

¡Oh! dichoso tú que pisaste por fin la casa de la sinigual Antonia! Trata siempre de hacerte íntimo de allá: esa es gente, y por esa razón puede tratarse. Nada más raro que los amores de Andrés con María L., y más raro todavía que Armando no nos haya dicho nada, ni tampoco Bartolín; pero en fin más vale así porque eso indica que ellos no lo saben; sé muy prudente con ellos y no les digas que tú sabes esa aventura, aunque esto está de más encargártelo.

Nada me has vuelto a decir de las niñas Elizondo: supongo que todavía son mui amigas de la casa. Tampoco me has vuelto a dar noticias de Richardini, ni de su hermana, descuido mil veces imperdonable puesto que tú sabes toda la importancia que yo doi a un párrafo en que se trate de estas personas, y que me interesa mucho saber todo lo que tenga relación directa o indirecta con ellas: tú sabes ese es mi punto débil.

En mi anterior te doi noticia de haber recibido tu carta fecha 3 de Octubre junto con la de Doin i la cartilla de caligrafia alemana e inglesa; por supuesto que también la carta del Doctor y la de Perucho. Respecto a Doin te digo los varios caminos que hay para saber de él, ya que no he de volver a encargarle libros habiéndose conducido tan pésimamente; esos franceses son así, mui bien los pinta Bolet Peraza en aquellas cartas que traen sus impresiones de viaje; puede ser que tú las hayas leído.

He sentido muchísimo la desgracia que le sucedió al pobre doctor Urbano: salúdalo de mi parte; y felicítame al doctor Vaamonde por su nueva cátedra —si siempre se encargó de la de partos— y dile que sólo siento no estar allá para asistir a élla como hacía con la de patología interna.

Aún me parece mentira el nombramiento de Villanueva para inspector general de los hospitales del distrito federal: yo creía que ese señor era completamente antiguzmancista; verdad es que hoy eso poco importa: estamos en un período de fraternidad.

Aquí paro por ser ya hora del correo.

Tu amigo que te abraza estrechamente.

Hernandez

IX

Isnotú, Noviembre 5 de 1888.

Señor Santos A. Dominici

Caracas.

Muy querido amigo:

Recibí tu carta 6^a fecha 15 de Octubre, en la cual me participas que recibieron la cajita con los dulces que llevó Salas: no me extraña que no hayas recibido cartas, porque con motivo del centenario en Maracaibo se ha entorpecido el servicio postal; cuatro veces te he escrito en el mes pasado, 2, 9, 16 y 22, y es mui probable que te lleguen todas mis cartas juntas; el 29, que era día en que debía haber habido correo, no lo hubo, debido todo a ese bienaventurado centenario que ya me tiene sumamente fastidiado.

Recibí contestación a mi telegrama y te puse otro diciéndote que continúes dirigiéndome tus cartas a Betijoque hasta que te envíe noticia de haberme fijado en otra parte, cosa que espero hacer mui pronto.

Mañana me voi a Boconó para conocer aquel lugar y ver qué tal me parece: todo el mundo me habla mui favorablemente de él, y creo que atendiendo a las buenas condiciones que presenta visto desde aquí, me pueda servir como yo deseo.

Calcula como me habrá caído la noticia del nombramiento de rector hecho en Sanavria: solamente de pensar en lo que son y valen las promesas de toda esta gente, había creído que eso pudiera tener lugar, aunque me resistía porque siempre cuesta mucho creer en la falsedad humana, por más pruebas que de élla se tienen diariamente: no somos nosotros los que debemos sentirlo, sino la pobre gente que estudia y tienen un peñón encima.

Hora y media pésimamente empleadas! dije yo cuando leí la ocurrencia del ajedrez en casa de Bartolín; solamente por ser allá se puede disimular —hablo según mi modo de pensar respecto a eso— y todavía cuesta mucho hacerlo; pero en fin, una vez no es costumbre, como dicen vulgarmente con muy poca sabiduría.

Mi modo de ser ha cambiado un poco tanto físicamente como moralmente: he enflaquecido mucho, lo cual creo que es debido al mucho ejercicio a caballo y los sufrimientos morales propios para acabar con cualquiera organización, por fuerte que sea: todo a mi alrededor lo veo muy negro, parte por ser realmente así, y parte —la mayor— porque me faltas tú, es decir, algo vivificador que me rodea cuando estoy a tu lado.

Ya he comenzado a gustar de las bellezas que tiene la profesión por estos lugares, bellezas que, si comparamos con ellas las que tiene en Caracas, encontramos que las de allá son tortas y pan pintados. Figúrate que en días pasados me vinieron a buscar para que fuera a ver un enfermo; eran las seis de la tarde, y el lugar en que éste se encontraba distante de casa como unas seis leguas, es de los que se encuentran metidos en toda la serranía. Con toda paciencia hice ensillar mi caballo —que dista mucho de ser bueno— y tomé rumbo hacia el pueblecillo, seguido del individuo que vino por mí, caballero en un magnífico caballo; habríamos caminado cosa así como de dos leguas, cuando la noche se nos vino encima, negra como pocas y tempestuosa: yo le hice notar a mi compañero que mi caballo tenía tendencia a encabritarse y que el suyo quería imitarlo, a lo cual él me respondió: que nada tenía de particular, porque, como yo muy bien podía ver, dentro de poco se desencadenaría una tempestad y que lo mejor que podíamos hacer era apresurar nuestras cabalgaduras para ganar camino y sobre todo tiempo.

Las palabras de mi compañero no eran de naturaleza para tranquilizarme, sin embargo yo seguí mi camino con cierto malestar que al principio creí que sería la inquietud que tenía por el peligro, pero que pronto me convencí que era producida por la inmensa cantidad de fluido eléctrico con que iba cargado. Transcurriría media hora más cuando estalló el primer relámpago, inaudito, inmenso: parecía que nos habíamos sumergido en un océano de luz; se vió todo, los cerros, las hondonadas, el cielo que estaba lleno de agua; te digo que me quedé ciego durante cinco segundos aproximadamente, y sólo

volví de mi estupor porque mi caballo, que se había encabritado y que no me tumbó milagrosamente, había arrancado a correr con furia siguiendo al de mi compañero, que había manifestado de un modo idéntico su temor. A pocos segundos de intervalo vino el trueno, e inmediatamente grandes gotas que mui luego se hicieron chorros de agua, nos inundaron y, lo que es muchísimo peor, humedecieron el piso del camino de tal suerte que nuestros caballos, en lugar de caminar, lo que hacían era rodar. Mi compañero encendió una linterna e hizo que cambiara de bestia, montando él en la mía "porque, decía él, le parecía que yo no era mui buen ginete". Efectivamente, una vez en su caballo, me sentí más seguro y continuamos él delante y yo detrás y el agua todo alrededor, como decía Núñez Cáceres: cuatro veces estuve a punto de que el caballo rodara conmigo; por fortuna que era un animal mui obediente al freno y bastaba sujetarlo un poco para que se detuviera, en un camino que parecía de jabón. Llegamos a las dos de la madrugada; y yo me acariciaba las ternillas que estuve tan a punto de perder.

He visto muchas descripciones de tempestades, y todas me parecen débiles ante la realidad y frías: es cierto que las que he visto descritas por autores buenos nunca han tenido lugar en los Andes, donde todo tiene lugar en grande.

Mucho he sentido que el Doctor Ríos hubiera notado que me había venido sin despedirme de él: ya lo contentaré cuando vuelva.

Tu amigo que te abraza estrechamente

Hernandez

Boconó, Noviembre 17 de 1888

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo, no he vuelto a recibir carta tuya porque con seguridad la que me has escrito estará en casa en Isnotú de donde hace diez días, o doce, que me vine; tampoco te he puesto un telegrama porque no ha habido corriente en estos últimos días; espero a ver si hoy hay, como me dijeron en la oficina, y entonces tendré el gusto de saber de U.U. con poco intervalo de tiempo.

Boconó es un lugar mui bonito y que se parece a Caracas muchísimo, tanto en el clima como en la situación de la ciudad: los campos son preciosos y todos completamente cultivados y mui productivos; hay dos ríos que corren a orillas de la ciudad, uno al occidente y el otro al sureste, todos dos con bastante agua: yo me bañé antier en uno de ellos y te aseguro que es mui agradable el baño, aproximadamente como si uno se bañara en agua helada, y con una fuerza tan grande en la corriente que es mui difícil, y en ciertos lugares imposible, meterse mui allá de la orilla, porque corre el peligro de ser arrastrado un gran trecho por el agua; yo deseaba nadar y decía que si tú estuvieras aquí me enseñarías este arte como me has enseñado tantas otras cosas.

No le he escrito a Misia Pepita porque estoi esperando que se vengan de Antímano, y, como tú me dices que lo harán pronto, no me he apurado mucho a hacerlo; sin embargo, si no se vienen pronto escribiré cuando tenga tiempo y mucha disposición de espíritu. Cuéntame como ha seguido el matrimonio de Inesa y dime si por fin has logrado saber de qué lugar de este globo terráqueo ha salido ese infeliz novio que tiene tanta disposición para el comercio: creo que mui pronto se realizará esta unión puesto que todos ganan con ella.

Estoy leyendo ahora a Playfair detenidamente; empeñado estoi en concluirlo pronto: he encontrado mui cierto lo que decía Aguerreverre respecto a la manía que tienen los ingleses de ponerlo todo al revés, porque ellos llaman diámetro oblicuo derecho el que los franceses llaman oblicuo izquierdo y vice-versa, lo que no deja de ser mui incómodo para nosotros, que estamos acostumbrados a la denominación francesa: deseo ver como llaman las posiciones y las presentaciones, pero todavía no he llegado allá.

Me he encontrado con una cosa que no recuerdo haber leído en ninguna otra parte, y es la explicación del hecho de nunca coagularse la sangre de la menstruación, a menos que esté en grande abundancia. Dice Playfair que antiguamente se atribuía a que no contiene fibrina o que si acaso la contenía era en cantidad mui minima; que luego Retzius atribuye su no-coagulación a la presencia en élla de los ácidos láctico y fosfórico libres; pero que la verdadera explicación la dió Mandl, quien demostró que bastaban pequeñas cantidades de pus o de moco en la sangre para mantener la fibrina en disolución: y con esto queda todo perfectamente explicado, porque es sabido que siempre hay más o menos moco en las secreciones del cuello y de la vagina, y solamente cuando la sangre sale en demasiada abundancia es que no basta el moco que normalmente existe, y por eso se encuentran coágulos.

Te parecerá mui raro que sea tan tarde que yo venga a leer tan importante obra; pero es que cuando estoy en casa no me gusta leer más que a Pepper: tal vez tú lo tienes ya y lo podrás juzgar: ni Dujardin-Baumetz vale la octava parte de lo que vale él. Hace jugar un papel mui importante al envenamiento producido por la absorción de ptomainas en los desórdenes de la dispepsia intestinal: estoy mui deseoso de leer el artículo cáncer porque se me imagina que habrá de explicar la caquexia cancerosa por la producción de ptomainas en grande abundancia y su absorción y circulación por todo el organismo; recuerdo que Perls dice hablando de lo mismo que tal vez se producirían sustancias que obrarían sobre los tejidos y particularmente sobre la sangre produciendo esa caquexia que no bastaba a explicar el tamaño del tumor, y que también ayudaría mucho la rapidez de los cambios nutritivos. Vé qué genio era Perls, puesto que por intuición decía una verdad que está hoy perfectamente demostrada, ya que se sabe que durante el movimiento

de asimilación y desasimilación se producen las ptomáinas, y no solamente durante la descomposición pútrida como creían al principio, que hasta trataron de llamarlas alcaloides cadavéricos. Tú vas a tener oportunidad de estudiar mui bien todo esto, si es que Frydensberg continúa en la buena idea de dejarles todo el sexto año para estudiar química biológica y lo hacen con regularidad. Yo ni siquiera tengo placer, como antes, en estudiar, porque me falta mi compañero de estudios y con nada puedo mitigar el dolor que me produce esa ausencia, no veo nada que llene el vacío que hay junto a mí. Dios, que da el mal, dará el remedio.

Tendré pronto noticias del viaje a Barcelona, si por fin lo hacen, que yo creo que sí lo podrán hacer, puesto que nada se ha vuelto a decir de revolución; si lo hacen, dimeles muchas cosas a las niñitas Brito y me saludas a sus papá y mamá: a Chinchirá que te aconseje para qué sigas siendo mui buen amigo como hasta hoy.

Me dicen que sí hay hoy corriente y voi ahora mismo a ponerte el telegrama.

Tu amigo que te quiere y te abraza

Hernandez

XI

Boccnó, Noviembre 24 de 1888

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo, te escribí por el correo pasado desde este mismo lugar y te decía los motivos que tenía para venir aquí y permanecer algunos días: no he tenido el gusto de leer tus cartas, porque en casa dejé orden de que me las guardaran hasta que volviera; estoy loco por irme para saber lo que me dices en todas las que me debes haber escrito. Como en la última carta tuya que recibí cuando estaba en Isnotú me decías que no te había llegado ninguna de las mías, te puse el telegrama para quitarme la intranquilidad tan natural que sentía, y por él supe que las habías ya recibido y contestado hasta la del 5 de Noviembre, y después te escribí el 17, y esta de hoy.

La población me gusta y desearía poder establecerme definitivamente aquí, y es cosa que voy a resolver de hoy a mañana: lo único que me detiene es que creo que dos médicos, que aquí hay, puedan hacerme la guerra porque ese ha sido su comportamiento con todo el que ha tratado de situarse aquí; ellos vendrán a visitarme de hoy a mañana y tal vez puede ser que me haga con su amistad: si fuera solamente por la parte científica me importaría muy poco, ya que ellos son muy pequeñamente instruidos; pero, además son los jefes del partido dominante aquí, y eso es sumamente peligroso por estos lugares en que la política tiene una preponderancia absoluta. Por lo que es la parte clínica hay poca variedad, eso sí, y solamente son muy comunes las enfermedades del pecho, y en particular la tuberculosis; de tal suerte, que hay un lugar

cercano de aquí, llamado Niquitao, en el cual parece que les va bien a los tísicos y se ha convertido en un hospital, en el cual se puede uno perfeccionar en auscultación porque en todas las casas hay dos o tres tuberculosos. El diez y ocho dispusimos un viaje para allá; salimos a las tres p. m. calculando llegar a las ocho, porque hay cinco leguas, y empezamos a subir —que aquí cuando se viaja no hay más remedio que subir o bajar— llevaríamos tres horas en ese ejercicio cuando las nubes se empañaron en envolvernos de tal modo que al cabo de poco tiempo nos costaba mucho distinguir el camino; yo tenía mucho congelarme porque sentía ya alguna dificultad para abrir y cerrar las manos, tan rígidas me las había puesto el frío: y el pueblecito queda a esa altura, es decir a cosa como de tres mil metros o poco menos, y es tan sumamente frío que se tiene carne de tres y cuatro días sin ponerle sal y se mantiene completamente buena, sin tener siquiera principio de putrefacción; y nada tiene de particular que te ofrezcan leche cruda, ordeñada de antier. Creo imposible que a los tuberculosos les vaya bien allí, puesto que a todo el que va para allá le da un catarro fortísimo, como el que tengo yo ahora, y tú sabes que es con lo que el que está amenazado de tuberculosis, o la padece, debe tener más cuidado: con los catarros. La única ventaja que le encuentro es que la persona que vive allí, tiene que hacer mucho ejercicio, por temor de congelarse, y esa será la causa de que les vaya bien a algunos. Recuerdo que en Jaccoud hay una división en los climas que debe habitar el tuberculoso según tenga ya la enfermedad o solamente esté amenazado; húscales en el tratamiento de la tuberculosis y me dices qué opina él en eso, cosa que me interesa saber para tener una opinión fija sobre materia de tanta importancia: no sé si en mis libros se trata esa cuestión con minuciosidad.

Ahora debes estar en vacante y aprovechándote mucho en casa de Vaamonde; cuéntame los casos raros que veas, y si hay medicamentos nuevos me lo participas para que yo no esté sumamente atrasado, puesto que a los Señores Bailliere se les ha antojado no mandar el periódico que de tanta utilidad me hubiera sido.

Tu amigo que te abraza

Hernandez

XII

Betijoque Diciembre 8 de 1888

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Mi querido amigo:

Llegué de Boconó y encontré tres cartas tuyas fechadas en Noviembre 7, 8 y 9; ya esperaba que así sucedería y había dado orden para que las tuvieran aquí hasta que yo volviera: estaba muy deseoso de que el correo que pasó ayer me trajera otra, pero desgraciadamente no sucedió así.

Me he alegrado de que las niñas hayan logrado por fin realizar su viaje, y al mismo tiempo lo siento cuando calculo que el Doctor ha quedado seguramente muy triste; y más triste cuando tú te vayas a buscarlas: él que es todo corazón debe sufrir mucho viéndose sin sus hijas; cuando te vayas llévale a Inesita mi párrafo, para que vea que ni el tiempo ni la ausencia pueden nada contra mi amistad y mi cariño.

Muy satisfecho he quedado con el trabajito sobre las ingurgitaciones hepáticas, que tiene todo cuanto puedo necesitar para el diagnóstico de estas enfermedades: todo lo que me dices de que te ha sido útil, es para disculparme de mi lisura en ponerte a trabajar para beneficio mío; no tengas cuidado, que a mí no me da pena molestarte cuando te necesite, y sobre todo cuando es de una importancia tan grande para mí el asunto, como este de que tratamos. Hablando ahora del porvenir, como tú dices, creo que primeramente debes tratar de no desagradar a tu tío, cosa que te sería sumamente perjudicial: ahora él dice que la profesión te dará poco —lo cual es cierto— y que la dirección de una casa de comercio cuya reputación ya está formada desde hace muchos años, es

un negocio mucho más productivo y cuyos resultados prácticos son más tangibles, en todo lo cual tiene razón; sin embargo, como yo no creo que él te exija que dejes los estudios —cosa imposible ya— me parece mui fácil que tú lo puedas complacer, sin que por eso tengas que abandonar completamente la práctica profesional, que con seguridad durante muchos años te dejará tiempo suficiente para atender a los negocios mercantiles; es decir que primero que todo es necesario complacer a un tío que les tiene tanto cariño y que será siempre un apoyo, ya prefieras ser médico exclusivamente o las dos cosas a la vez.

No puedes calcular como me he complacido al saber que Elías Rodríguez les da clase: con él se aprende de todo, todas las materias se repasan siempre que uno esté pendiente de su palabra: y calcula cual habrá sido mi alegría al saber que Morales está en Cirugía; quisiera volar aunque fuera a oír solamente su clase, que la da como nunca ningún catedrático de Medicina lo ha hecho: no me puedo imaginar a quien pondrán en lugar de Ponte, ni tampoco en Higiene. La separación de Vaamonde es mui sensible, pero no para tí que siempre puedes y debes seguir estudiando con él; que esas fortunas no las encuentra uno dos veces: salúdame mui cariñosamente y dile que desde estos montes estoy sintiendo su separación de la Universidad, que él, según la elegante frase de Calixto González, porque él, repito, la honra.

Te envidio muchísimo cuando leo la enumeración de los amigos con quienes te reúnes ahora: es una lista encantadora y cuento que cada día se hará más simpática; basta decir que se encuentra en ella Federico Eraso! y sobre todo Alfredo Mosquera!!; ojalá que sigas siempre por este camino, que es el único que no conduce a la perdición: cuando vuelvan a bailar en la casa creo que a ambos los debes invitar, ya que todos son personas muy importantes para nuestros planes futuros. No puedes figurarte cuánto desearía estar en la retreta, si toda esa gente había de estar también: se me hace la boca agua.

Me parece inútil repetirte lo que tantas veces te he dicho respecto a la amistad de Ck., y debes desecharla por cuantos medios estén a tu alcance; hay veces en que me parece que soy injusto con este mozo, pero después, cuando recuerdo su modo de ser, tengo que convenir en que no hay tal y en que su amistad es sumamente perjudicial para todo el que no sea un necio. Las amistades son

para que produzcan beneficio, o por lo menos deben ser indiferentes, pero de ninguna manera para que den malos resultados.

No me has dicho si por fin se graduó Eduardo Fernández ni qué tal examen presentó: creo que ha debido ser mui brillante.

Por esta ocasión no te contesto en inglés porque eso me quita mucho tiempo; pero no tengas cuidado que yo no he de dejarte sin mis disparates en anglicano: te lo aseguro porque de lo contrario no sería quien soy.

Tu amigo que te abraza

Hernandez

XIII

Isnotú, Diciembre 18 de 1888

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo, no he vuelto a recibir carta tuya y he creído que es a causa de estar tú en Barcelona en donde habrás ido a buscar a las niñitas: es verdad que tú me decías en la última tuya, fecha 15 de Noviembre, numerada la IX, que te irías el 10 ó el 15 del presente, pero creo que con motivo de los trastornos políticos o, mejor dicho, revolucionarios, hayas variado de idea, y las hayas ido a buscar mucho antes de lo que tenían fijado: lo que ciertamente es mejor. Mucho he estado considerando al Doctor, cómo habrá sufrido en esos días viendo que las niñitas estaban justamente en el teatro de la revolución: afortunadamente ya todo ha concluido y mui bien para todos; yo desearía saber los pormenores, porque en estas apartadas regiones no suenan los acontecimientos de por allá.

El 11 de este mes no te escribí porque estuve enfermo, con mis granulaciones tan sumamente irritadas que naturalmente no podía casi respirar, y con mucha fiebre; después este estado agudo ha pasado y ya me siento mucho mejor aunque todavía me duele algo la garganta, particularmente para tragar. No te puedes figurar la tristeza que experimenté cuando me fuí a quemar yo mismo y recordé a mi querido amigo tu maestro: dime a qué hora da clase y te aconsejo que asistas diariamente a su clase, aunque tengas que hacer un pequeño sacrificio.

Voy a copiarte un párrafo del artículo Pulmonary Phthisis de Pepper, escrito nada menos que por Flint Sr: habla sobre el contagio de esta enfermedad y sobre la profilaxis, y luego trata de la siguiente cuestión: "Medical opinion is sometimes asked concerning the propriety

of marriage with a phthysical man or woman. As an abstract question there need be no hesitation as to the answer. If men went about deliberately selecting wives, or vice-versa—as, for example, horses are selected—there could be no doubt that phthisis should be considered a disqualification. Husbands and wives, however, are not mated in such a way. A marriage engagement has been entered into, and afterward one of the parties becomes phthysical. The friends of the non-phthysical party, not the parties themselves, come for advice, and the adviser is sometimes placed in an awkward situation”.

And as I am writing in english language, I desire to prove if I can say more or less rightly any words. I have on the table the dictionary, the grammar and Robertson, and I am thoroughly embarrassed in the choice of words, in its collocation and in the use of prepositions; but I must be calm, because you shall correct me of all my errors as you have accustomed till now.

At the present time I am thinking to make a voyage to El Tachira, and probably to-morrow I will decide it.

Aquí iba cuando me interrumpieron y tuve que parar dando un resoplido como nunca se me había ocurrido darlo: efectivamente que es una cosa dura gastar tres cuartos de hora en escribir quince renglones!! Cada día me convengo más de que soy un asno bípedo.

Te decía que tal vez vaya para El Táchira a dar un paseito y que mañana me resolveré, porque todo depende de conseguir bestia a propósito para ese viaje. Escríbeme, mira que ya hace veinte días que no recibo carta tuya, y esto es alarmante. Alarmantísimo para mí que deseo recibir cartas tuyas a cada rato y me entristece mucho cuando no las recibo.

Cariños a todos. Tu amigo que te da un abrazo mui estrecho

Hernandez

XIV

Isnotú, Diciembre 24 de 1.888

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo: hoi tuve el gusto de leer juntas tus cartas X, XI y XII, lo que me tiene de plácemes; por algo pensaba yo que iba a pasar una noche buena verdadera, si es que por ahora tengo que conformarme con leer tus pensamientos escritos.

No puedes tener una idea cabal de lo mucho que me ha alegrado que el Señor Doctor Morales te haya escogido por su ayudante; y no creas que te ha escogido porque Ackers estuviera en La Guaira, nó: lo ha hecho por ir conociendo ya a su gente, porque el Doctor Morales es un hombre que tiene mucho talento y al cual es mui difícil engañar por mucho tiempo; creo firmemente esta última razón y, si no es por esto que lo ha hecho, no tardará mucho en que así sea: es mucha casualidad que en el correo del tres de Diciembre le escribía yo al Doctor Morales y me quejaba de no saber microscopio; luego que hacía poco que él tuvo la generosa idea de darte sus preparaciones e instrumento para que aprendieras una ciencia tan indispensable cuanto difícil. Por estos lugares es mui difícil que yo pueda aprender algo y gracias que no olvide lo poco que he logrado aprender con tanto trabajo. Ahora estoy dedicado a estudiar el laringoscopio, y después de muchos ensayos infructuosos por fin logré ver las cuerdas vocales superiores e inferiores juntamente con la epiglotis: la epiglotis es un órgano sumamente curioso; hay momentos en que uno cree que tiene voluntad y hasta caprichos, de tal modo el reflejo que la vivifica es poderoso. Pienso estudiar mucho esto ya que he tenido la fortuna de encontrar que uno de mis hermanos, Benjamín, tiene tan poco sensible la faringe que tolera durante

largo rato el espejo dentro de la boca; solamente le perturba la risa que le produce verme con mis anteojos puestos —los del laringoscopio— y eso aumenta la sensibilidad o, mejor dicho, la irritabilidad propia de la epiglotis. También he tratado de aprender a hacer un examen oftalmoscópico; pero, como para esto se necesita hacer la dilatación previa de la pupila, y además un alumbrado mui perfecto, pienso dejarlo para después cuando me dedique a repasar enfermedades del oído y del ojo —que voy a estudiarlas a continuación una de otra— lo mismo que a hacer el examen del oído; porque estoi convencido de que para la práctica lo que uno necesita saber es como se examinan los diversos órganos.

Nunca me cansaré de encargarte que trates, por cuantos medios estén a tu alcance, de captarte las simpatías y la amistad del Doctor Morales, porque nada hay que tenga tanto valor; y para que veas en cuanto valoro para ti esta amistad, te digo que, si para lograrlo es necesario romper conmigo, que soy otro tú, no debes vacilar ni un momento en hacerlo.

Muchas gracias por la copia del medicamento, y sobre todo por las composiciones poéticas que me envías —después de mui pedidas por cierto.

En estos últimos días me puse a registrar unos baúles llenos de papeles viejos y entre otros vejesterios encontré esa comedia que le envió a Pedrito para que la haga poner en escena, si es que su amigo Bolívar todavía trabaja: es mui graciosa y no me imaginaba que para el año de cincuenta ya existiera la buena costumbre de traducirnos del francés tan buenas obras; también encontré —siempre en los baúles— el primer tomo de una edición de las obras del insigne Leandro Fernández de Moratín hecha por la Real Academia de la Historia; en este primer tomo sólo hay una noticia biográfica del poeta, escrita por algún *académico-histórico*, en la cual se nota la presión de la tiranía del execrable Fernando 7º —porque has de saber que el tal libro lleva la venerable fecha de 1830. También se encuentra, y es lo principal, un “Discurso Histórico” sobre los orígenes del teatro español: una lista de las obras de teatro que se han escrito en España desde el principio hasta la época de Lope de Vega, o López, como leía en no sé qué autor francés: porque de Lope y la siguiente época, dice el poeta terminando su “discurso histórico”: —“El examen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus contempo-

ráneos, las innovaciones que introdujo Calderón dando a la fábula mayor artificio, los defectos, las bellezas de nuestro teatro y su influencia en los demás de Europa durante todo el siglo 17º, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que hoy se halla y los medios de mejorarle darán materia a quien con mayores luces y menos próximo al sepulcro, se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura, que tanto puede influir en los progresos del entendimiento y en la corrección y decoro de las costumbres privadas y públicas”.

Por este acabado y viril párrafo verás el tenor de todo el discurso que, a mi juicio, es uno de los trabajos más importantes de Moratin después de sus obras de teatro; te digo que me puse a leerlo y me olvidé de todo hasta que lo concluí; y hoy comprendo cuan útil es estudiar las obras de teatro y sobre todo cuán difícil es este estudio. ¿Recuerdas mi aversión a leer los dramas y comedias, etc.? Y hoy es todo lo contrario, devoro cuanto encuentro, y nunca he echado de menos tanto como ahora tu hermosa biblioteca, tesoro inmenso para todo el que desee instruirse: si hoy, que apenas conozco mui superficialmente la evolución del teatro en España a través de los siglos, si hoy, digo, gozo tanto leyendo unas dos comedias de Lope que afortunadamente tengo aquí ¿cómo será cuando esté bastante instruido en todo ese mundo de cosas que me falta por saber? ¿Cómo gozaré leyendo a Shakespeare? ¿Cómo gozará tu papá que lo sabe todo?

Una cosa me llena de tristeza, mi queridísimo amigo, y es pensar si yo me habré de quedar siempre tan ignorante como ahora. Tú siquiera vas a saber mui bien microscopio, es decir, la *técnica* del microscopio, ya que estás enseñado por el Señor Doctor Morales.

Antier estuve presenciando una de las escenas más dramáticas que he visto: suponte que me llamaron para que fuera corriendo a ver un chiquito que estaba muy malo; voi inmediatamente y encuentro que mi muchacho se está muriendo, y mientras lo examino cae otro y luego otro... y otro... y en un abrir y cerrar de ojos me veo rodeado de ocho muchachos con convulsiones, y luego la madre y al poco tiempo la abuela! Yo, afortunadamente no tuve delirio médico (Hernández —porque el “delirio quirúrgico” es de Paget) y grité ¡veneno! Efectivamente se habían envenenado supongo que con unas caraotas venenosas, porque es caraota lo único que han comido; de

los diez envenenados se murieron dos y ocho se salvaron. Siento no poder hacer una investigación más minuciosa, pero mañana me voi para El Táchira; puede ser que cuando vuelva me ocupe en esto: recuerdo haber oído hablar al Dr. Ernst de unas caraoas venenosas; pregúntale a ver como se llaman.

Mira, chico, que ya me vas cargando con eso de ponerme al encabezar la carta "Señor Doctor" Oh!!! Si siquiera yo supiera técnica microscópica como tú. O al menos si lograra saber latín para poder decir: "Parturient montes: nascitur ridiculus mus" sin tener que copiármelo del librito!

Me haces mucha falta, chico; cada día me siento más aislado y más aburrido: ¿qué no daría yo por estar esta noche contigo paseando por la Candelaria y viendo ese sol que habita por esas regiones? ¿qué harás tú en este instante? ¿estarás en Caracas o en Barcelona? Pero me digo que algún día la mala suerte se ha de cansar y dejará que la buena hada madrina de Belencita me proteja y me llene de felicidad.

No te entristezcas con lo de la gota que por aquí estamos lo mismo: justamente cuando tú me describías la dispepsia del Doctor estaba yo pensando que esos son los síntomas de la dispepsia ácido-flatulenta propia de los gotosos, que describe el eminentísimo W. H. Draper en su artículo "Gout" del Pepper's S. of M. Y me sorprendió mucho cuando lei en el tratamiento dietético que últimamente los más eminentes médicos opinan que el régimen dietético del gotoso debe ser el mismo del diabético, es decir: uso de los albuminoideos y abstención de los feculentos y congéneres en lo posible. Te aseguro que es lo primero que oigo, y más, que yo tenía entendido todo lo contrario. Además dice que la gota y la diabetes son la misma cosa aproximadamente, como quien dice Domínguez y Hernández —zafante lo malo del negocio. Aún no puedo volver del asombro que me causa la lectura de un libro tan superior.

Mucho me ha alegrado que todos comprendan los infames papeluchos de Bigotte: bocas como la suya no son bastante limpias para ser oídas cuando tratan de manchar a personas que están a la altura del Doctor.

Tu amigo que te quiere y te da un abrazo.

Hernandez

XV

Colón (El Táchira) Enero 14 de 1889

Señor Br. Santos Aníbal Dominici

Caracas

Muy querido amigo: desde el 24 del pasado no te había escrito porque, como te anunciaba, me vine a dar un paseo por estos lugares a ver qué tal me parecen para establecerme: te sorprenderá tal vez que desde tanto tiempo no me haya situado, pero esto no tiene ningún inconveniente para el ejercicio de la profesión, ya que no impide el trabajo.

Te daré una razón detallada de mi viaje y de ese modo comprenderás qué clase de país es éste que la suerte me obliga a habitar: país tan sumamente igual al de Bretaña, según las descripciones que he visto de élla, que me parece que difícilmente se puede encontrar una igualdad más perfecta. Salí de casa el mismo día que te escribí, y pensaba venir a hospedarme en un pueblecito llamado La Puerta (que creo histórico), y venía contemplando tranquilamente mi mula que, aunque con algunos resabios, no deja de ser una mula buena; esta contemplación era un tanto compasión al calcular que habría de caminar doce días consecutivos montado sobre élla: llegamos a Valera tres horas después de haber salido de casa, y me detuve a comprar unos dulces para mitigar la sensación de hambre que se desarrolla en mí de una manera poderosa, una vez que me monto a caballo; inmediatamente me ví rodeado de todos mis amigos de aquel lugar que me agarraban y en un abrir y cerrar de ojos me desmontaron y participáronme que habían resuelto que me quedaría ese día allí para bailar en la noche: yo rehusaba firmemente y me excusaba de mil modos, todo fué inútil: no hubo más remedio que acceder y bailar toda la noche hasta que a las cuatro monté a caballo para seguir mi viaje; mui maltratado llegué a Timotes sin que durante el día se presentase ningún incidente particular. En la madrugada del día siguiente fué necesario continuar en camino.

En Timotes nos alarmaron un poco con respecto al páramo que había estado malo desde tres días; mi sirviente opinaba que sería mejor quedarnos ese día allí, en vez de aventurarnos en un camino peligroso; yo deseaba llegar y por eso di orden de que nos pusiésemos

en marcha: empezamos a subir una cuesta sumamente escabrosa y larga, y juntamente con empezar a subir comenzamos a oír el ruido lejano semejante al del trueno. Yo no recuerdo si otra vez te he hablado de estas alturas; pero te digo que es muy extraña la sensación que se experimenta al contemplar un páramo; puede ser que algún día puedas tú mismo experimentarla: es la vista de una naturaleza muerta y llena de desolación, y por encima de todo un frío intenso que lo hiela a uno, una luz solar que más parece luz de la luna, una atmósfera tan sumamente rarificada que cuesta trabajo encontrar aire para respirar, y casi que se tiene disnea. Mi sirviente experimentó esa fatiga respiratoria que se siente durante la ascensión a las altas montañas; pero una disminución en la cantidad de camino andado lo calmó.

Por fin acabamos de subir: una cruz gigantesca marca el punto más alto y ese punto se encuentra a un poco más de cuatro mil metros sobre el mar; uno mira a su alrededor y solamente ve por vegetación una hoja que nace aparentemente del suelo y que si se somete a un examen más atento se ve que tiene un tallo bastante grueso como de una pulgada de altura, aunque hay algunos mayores, y en el cual están dispuestas las hojas en *verticilos* concéntricos: es el frailejón, único habitante que resiste a la crudeza de la temperatura de aquellos lugares, gracias al vellón de que están cubiertas sus hojas. Nada de animales ni en el aire ni en el suelo, y de cuando en cuando se encuentran los esqueletos de las bestias que han muerto emparamadas.

Te dispense en esta carta del resto de mi narración con el propósito de hacerla en otra que muy pronto seguirá a ésta, que yo quisiera que volara a llevar a mi amigo muy querido el deseo íntimo de que este año la dulce felicidad permanezca en esa casa como hasta hoy, y que el recuerdo del amigo ausente no se menoscabe un ápice.

Por ahora continúa dirigiéndome tus cartas a Betijoque, y te digo esto con la esperanza de que la próxima te habré de decir que me las dirijas a este pueblo. Te estoi escribiendo con mucha incomodidad y ya juzgarás por el papel cuantos trabajos he tenido para poder hacerlo. Escíbeme pronto; no te acuso recibo de ninguna de tus cartas porque dejé orden en casa de que me las guardaran.

Tu amigo que te abraza

Hernandez

XVI

Isnotú, febrero 4 de 1.889

Señor Br. Santos Aníbal Dominici

Caracas

Muy querido amigo: al llegar a casa después de mi viaje al Táchira tuve el placer de leer tus cartas décima quinta y décima sexta; mas, como tú verás he dejado de recibir las numeradas trece y catorce, seguramente estarán paseando por Nueva York como sucedió con la quinta, que después de largo tiempo vino sellada en aquella ciudad; bastante tristeza me ha causado este accidente, que ha sido el motivo para que haya dejado de saber cómo has pasado la vacante.

Tampoco sê si has recibido mis cartas completas, cosa que dudo porque Pedrito se queja de que hace largo tiempo que yo no le escribo, cuando solamente he dejado de hacerlo en la ocasión anterior a ésta, que fué desde Colón y debido a la incomodidad con que escribi entonces. Recibí el cuadernito dosimétrico, merci.

En mi anterior te hacía una descripción minuciosa y fastidiosa del comienzo de mi viaje: te contaba cómo me había admirado el paso del páramo de Mucuchíes, que es el más elevado, puesto que en todo el alto, en que se encuentra una cruz, la elevación es de cuatro mil y pico de metros, y la rarefacción del aire es tal que a mi sirviente le dió esa dispnea propia de la ascensión a las alturas, con gran susto por parte mía, porque era de temer una hemorragia pulmonar; cosa que afortunadamente no sucedió. En esos lugares uno siente la necesidad de conversar en alta voz, o mejor dicho, de gritar, porque en vista de tanta soledad, de tan poca luz, del aire tan escaso y de una vegetación tan raquítica, teme seriamente estar afónico o tal vez afásico; mui luego mi sirviente se divertía en levantar grandes láminas de

hielo, diversión que me apresuré a impedir por temor de una congelación que no es accidente raro como tú mui bien comprenderás.

Esa noche nos quedamos en Mucuchies, en donde apenas pude dormir porque en toda la noche no logré calentarme, a despecho de mi colcha gruesísima y de mis dos cobijas; cosa que no te sorprenderá cuando sepas que al día siguiente por la mañana no nos podíamos lavar porque toda el agua de la casa estaba coagulada; y eso que nosotros no estábamos precisamente en la población, sino en una casa que queda a algunas cuerdas y que llaman el Cenicero.

Al siguiente día llegué a Mérida a eso de las once y allí me detuve cinco días por dos motivos: primero porque es necesario dejar descansar las bestias, y segundo porque inmediatamente que llegué me invitaron a un baile que debía tener lugar el 31 de Diciembre en la noche y que era dado por el presidente del estado y otros del gobierno. Estuvo mui bueno el baile, y yo me divertía viendo la gente de por acá, tan sumamente distinta en modales, educación, modas etc., de la de por allá...

Cuando sonó el primer segundo del año yo estaba solo en un mecedor en uno de los salones, y, como de costumbre, mi pensamiento se convirtió en oración en ese momento: de más me parece decirte qué pediría, porque tú lo sabes mejor que yo mismo. Luego recordé el año pasado, año verdaderamente dichoso para mí, que tal vez no volverá, y pasaron rápidamente por mi imaginación todos los sucesos que me habían agitado durante esa época feliz; y si no hubiera sido que unos jóvenes vinieron a saludarme, habría con gusto pasado el resto de la noche en esa revista dulce y juntamente triste del tiempo que ya se fué.

Me cuentas que estuviste ayudando a tus tíos en su almacén; mi consejo es éste: trata siempre de tenerlos agradados, y para eso puedes prometerles que una vez que te gradúes, irás a enterarte de los negocios durante dos años; aunque tengamos que dejar nuestro viaje a Europa para dos años después, y si fuera por tres años sería mejor, porque ya para entonces Pedrito habrá terminado, y nos iremos los tres, doctores ya. ¿Tendré necesidad de explanarte todas las ventajas que hay en esto? Demasiado claro es tu entendimiento, y ya lo sabes todo. Además, cada día me causa más admiración la sabiduría de Elías Rodríguez, cuando recuerdo su

consejo de no ir a Europa hasta después de haber practicado un poco de tiempo: cuando uno sale de los estudios no tiene idea de las materias en que está deficiente para la práctica; y eso sucede aunque se haya practicado antes mucho; porque esa práctica se hace con un mentor que se llama González, Vaamonde o Morales, etc., generalmente, o mejor dicho siempre; pero entonces no tiene uno que asumir responsabilidades ningunas, y todo el peso del diagnóstico cae sobre el maestro. Mas, después que uno entra en la práctica con responsabilidad, lo que antes era camino llano por deliciosos valles —como dirías tú— se torna en montaña erizada de peñascos y en la que abundan los precipicios. ¡Ah! antes era yo sobrado orgulloso, cuando creía tener conocimiento exacto de la cantidad de fuerzas de que podía disponer!... En lo que me creía débil resultó que no lo era tanto, y en aque las materias en las que me parecía poder dominar, me encontré deficiente, y todavía hoy no te puedo decir que ya me conozco, porque cada día experimento nuevas sorpresas. ¿Dejarás de meditar sobre esto? No lo creo, porque sería la primera vez que tal suceda, pues nunca has desoído mi palabra. Piensa bastante y dime qué has pensado, para que entre los dos resolvamos, como de costumbre.

Muy preocupado me ha tenido la noticia de la mordida de María por el perro; y cuando pienso que puede haber estado rabioso me lleno de horror y quisiera vo'ar para saber de éllas. No me han contestado mi carta, seguramente será debido a ese accidente: pobre misia Pepita que debe haber pasado unos días muy desagradables, él a que no vive sino para María.

Mi periódico no han tenido la bondad de mandarlo y yo no sé qué hacer; yo les dije que lo mandaran a tu papá; si te parece bueno puedes escribirles una carta y firmarla con mi nombre reclamándolos porque son dos: le Bulletin général de Thérapeutique Médicale, Chirurgicale et obstétricale, y Le Journal des Sociétés Scientifiques. No habrás olvidado que fué a M. Bailliere que lo pedimos y que está pago.

Noto que cuando me anuncias recibo de una carta mía, no me indicas qué número tiene; y por este hábito reduces a cero la utilidad de tan sin igual invención y preciosísimo método, cuyas ventajas son inmensas si se guardan bien todas las reglas: tú ves, si no hubiera sido por él, yo no sabría que he dejado de recibir dos cartas tuyas.

Te tengo que dar un regañito; y no creas que porque estoi lejos mis regaños no surtirán efecto: te escribí un parrafito en inglés en el que me consta que hay errores, y tú guardas un silencio sepulcral sobre eso; mis errores gramaticales, principalmente de régimen y ortográficos, los callas de una manera sistemática. Creo que esa es una falta de amistad, o mejor de cariño, porque ese estúpido sistema me impide adelantar un poco y mejorar; ¿no crees tú que sea más correcto seguir una conducta enteramente opuesta y señalarme donde está el mal para evitarlo? ¿o será que tú piensas que estando lejos hemos de tratarnos de un modo diferente? Hay veces que me digo cuando te estoy escribiendo: "Santos me va a discutir este pensamiento, o esta palabra, etc.", y luego veo que no hay tal. Me parece que basta por ahora.

Dile al Doctor que no puede imaginarse lo que me alegro cada vez que me acuerdo que pasó el año bisiesto sin que dejara un recuerdo malo para la familia.

Contéstame y dime qué te parece mi idea; no la eches en saco roto: también consúltala con tu papá.

Cariños a los amigos: que Bartolín y Mendoza estén ya libres de su mal, para mayor gloria de su médico.

Tu amigo que te abraza

Hernandez

P. D. ¿Pasaste por Carúpano? Dime como se llama en inglés el pizarrón, que se me ha olvidado.

XVII

Isnotú, febrero 11 de 1889

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo: ayer recibí tu carta 17^a, que más que nunca me ha traído una alegría inmensa; nunca he tenido una satisfacción más pura que la que experimenté cuando leí el párrafo en que me cuentas la acción de los estudiantes con tu papá, y nó porque yo tuviera dudas de que le tuvieran muchísimo amor, que lo contrario me constaba; cuestión esta para mí de muchísima importancia, había ido analizando uno por uno todos los síntomas que se manifestaban, tanto en mis condiscípulos como en los otros estudiantes con los cuales estaba relacionado, y al cabo de poco tiempo logré convencerme de que él era universalmente estimado y que si esta estimación no se manifestaba ruidosamente era debido a causas mui sabidas de antemano.

Es costumbre que tú has visto mui bien entre los estudiantes, de tenerle un terror pánico al calificativo de adulante; obstáculo ante el cual todas las simpatías se han estrellado; y la frase de Padrón, refiriéndose al Doctor Morales, manifiesta claramente cuál es la influencia de tal calificativo: "aunque yo odio al Doctor Morales, comprendo que sabe mucho y no tiene nada de pedante". Ahora bien, el odio que le tiene no es sino un medio de decir lo segundo sin mayor peligro.

La experiencia de muchos años había convencido a los universitarios, y yo era y aún soy de los más convencidos, de que el nombramiento de Rector rara vez, por no decir nunca, se hace teniendo en cuenta las aptitudes del nombrado, ni sus conocimientos, ni su posición social; por cuya causa, como tú mui bien sabes, ha caído en tanto desprestigio el Rector para los universitarios, desprestigio que es causa de la silba con que gene-

ralmente se obsequia a todo nuevo rector cuando la jura, lo mismo que de las risas que motiva todo papel que se lleva a las clases sobre vacante, etc. . . . ; por una casualidad verdaderamente sorprendente llega el Doctor a ocupar aquel puesto y los estudiantes observaban su singular modo de ser, su aspecto a la vez que tan imponente y respetable, tan bondadoso y suave; y todavía recelosos, como todo el que ha sido engañado repetidas veces, lo juzgaban unos de un modo, otros de otro; pero casi todos se sentían con simpatías hacia él. Lo quitó Crespo. Hasta entonces había habido simpatías en silencio, simpatías que yo sabía que existían solamente porque no se hablaba mal de él; mas, luego luego que comprendieron que hasta entonces la Universidad había tenido Rector y que ahora sólo ocupaba el sillón una caricatura, puesto a que se sentaba en él Jelambi, luego, digo, se empezó a manifestar en alta voz, aunque todavía tímidamente, el cariño que les inspiraba el Doctor y el respeto que por él sentían la mayor parte de los muchachos.

Por aquella época recuerdo que una vez que estaba en tu casa, me hacía notar el Doctor lo poco agradecidos que eran en la Universidad, puesto que después de lo sucedido cuando Telmo, apenas si algunos lo saludaban; yo que entonces solamente sentía que le tenían cariño, pero no podía asegurarlo porque carecía de pruebas, los inculpé fuertemente. A decirte verdad, para mí solamente eran culpables de ir con lentitud, puesto que yo sabía que tarde o temprano tendría lugar la manifestación pública y ruidosa de cariño, sentada la convicción que tengo de que en ninguna parte luce la verdad con más seguridad como entre los estudiantes.

No te fastidies de que hable tanto de lo mismo; si no te estuviera hablando de esto era capaz de reventar: estoi medio loco y anoche no podía dormir de contento; mándame una copia de la representación; esto, que para tí era una sorpresa, para mí era un acontecimiento que lo venía esperando desde hace mucho tiempo. En Diciembre vi a Colina, el que vive casa de Ackers, en Valera, y le pregunté cómo habían recibido los estudiantes los cambios en los empleados, y me costestó: "los nuevos catedráticos han gustado mucho, pero la quitada del Doctor Dominici la hemos sentido todos muchísimo: es el Rector más querido de los estudiantes que yo he visto". Me contenté mucho, porque me imaginé que no tardaría en saber el doctor las simpatías que lo rodeaban en la Universidad, mas nunca creí que los estudiantes hicieran

una manifestación tan espléndida como la que acaba de tener lugar ¿y cómo no estar sumamente contento si este suceso es único en las historias universitarias? ¿y cómo no ser único si tampoco desde Vargas se encuentra en la larga lista de rectores, uno que honre tanto a la Universidad, como tu papá?

Es cierto que varias veces se han hecho peticiones al gobierno por los estudiantes; mas todas se relacionaban al mejoramiento material del instituto, o tenían por objeto la recomendación de catedráticos que tenían de antemano sentada una buena reputación, y era siempre mirada con suma indiferencia la elección del rector, como que ya sabían lo difícil de encontrar una persona que por todos respectos fuera idónea para tal cargo; nunca habían encontrado una ocasión más propicia, y afortunadamente supieron aprovecharla espléndidamente!

¿Habrás quien tarde o temprano no adore a tu papá? Es una dicha inmensa para ustedes ser sus hijos, y para mí también, ya que mi cariño hacia él anda a la altura de un hijo. No te olvides mandarme la copia.

Nunca me vinieron tus cartas 13 y 14, aunque todavía no he perdido por completo la esperanza de recibirlas, porque si se fueron para Nueva-York, como la 5ª, todavía no tienen tiempo de haber regresado. Releyendo en estos días pasados todas tus cartas, me encontré con el juicio tuyo sobre la Iliada, o mejor dicho con la impresión que te causó su lectura, y entonces recordé que cuando recibí esa carta pensé decirte cual era la causa de tan triste desengaño; pero no creas que esto es mío, nó: fué tu papá quien me hizo estar en cuenta de ello; parece una tontería y es la clave de todo juicio acertado sobre los hombres y las cosas —no te admires de mi tono doctoral— sin lo cual forzosamente se ha de errar; y me decía el doctor “siempre que se ha de emitir un juicio sobre lo pasado, el crítico debe de juzgar arreglándose a la filosofía e instituciones de la época a que pertenece la cosa juzgada”. En la época de Homero, o mejor dicho en esos siglos en que se escribió la Iliada, los héroes sólo eran perfectos cuando poseían todas las dotes que tú has leído en ese libro, y por eso se dice “héroe homérico”, queriendo decir perfecto, o “héroe de los tiempos de Homero” suponiendo que es perfecto el retrato que Homero nos dejó, puesto que él debía copiar a su época, de como debía ser un héroe de aquellos tiempos para que, arreglado a sus creencias, leyes y costumbres, se le considerara como el summum de la perfección. Si tú no opinas de ese

modo, discutiremos; pero me parece que no ando mui errado en esta explicación y que no me han de faltar argumentos para defenderla.

Macaulay ha sido mi solaz en estos días; lástima que te hayas deshecho de tan sinigual libro! He leído con mucha detención su articulo sobre Maquiavelo, porque lo he encontrado enteramente opuesto a mi en el juicio sobre este grande hombre, aunque en lo de grande este-mos de acuerdo. He estado buscando argumentos, pero es para que él gane, y yo sea de su opinión; todavía no he logrado convencerme de lo que dice: tú, que lo has tratado de traducir, debes haber experimentado la misma oposición que yo en aceptar sus ideas. ¡Cuánta falta me hace tu espléndida biblioteca!

He estado tratando últimamente una mujer que padece de metritis crónica, un caso mui curioso; he usado las escarificaciones del cuello del útero como tratamiento local y al interior el extracto fluido de *Hidrastis canadensis* alternando con la ergotina de Bonjean. Ya está casi buena; me costó mucho trabajo este diagnóstico por la falta de libros y por la de práctica; voy a tratar de remediar lo primero lo más pronto que pueda, y como ha de ser por tu órgano, te suplico escribas a París a la casa de O. Berthier —no tengo seguridad de que sea este el nombre, pero Luis Vegas tiene el catálogo, se lo pides y ves el nombre y la dirección— y le pidas su catálogo y te informes de lo demás que creas necesario para encargargales libros, pues pienso encargargales libros y periódicos solamente a ellos.

Y pues hablo de periódicos, aprovecho esta carta para enviarte la tarjeta en que el estúpido de Bailliere me avisa que me abonó al periódico; si lo crees conveniente puedes enviársela para que no le quede duda ninguna sobre el particular, aunque ellos saben componer mui bien sus cosas. También que se prepare tu tío Napoleón, porque he descubierto al fin del último volumen de Pepper un catálogo magnífico, en que encontré obras sumamente importantes que pienso encargar; se me hace agua la boca cuando veo tantas cosas sublimes como deben contener esos libros; además, que no nos ha de dar mucha pena molestarlo, ya que para eso se ha conformado con ser tío.

No te envío una razón detallada del caso de envenenamiento que tuve, porque, como en esos días fué mi viaje al Táchira, no recogí todos los datos necesarios; me han ofrecido traerme caraatas de las que suponen

ser las venenosas y, si resulta así, no dejaré de enviarte algunas para que las cultives y estudies luego sus efectos. Muchas gracias por tu ofrecimiento eminentemente satirico del periódico de los hospitales; y, entre paréntesis, no se dejarán de escribir bastantes sandeces y bastantes copias en él: ¡Cómo que es tan fácil escribir artículos de medicina!

Todo lo demás que se relaciona conmigo, es decir, con mi sistema de vida, no ha cambiado; los días se trascurren sin mayor ruido. No dejes de decirme qué te parece mi opinión sobre la conducta que debes seguir con tus tíos.

Nada me dices que sucedió por fin de la mordida de María por el perro; yo mismo no he dejado de estar con mucho cuidado, porque el tal perro mui bien pudo estar rabioso: esa sí que seria la última desgracia.

Luego que recibas el catálogo de Berthier me lo envías; mira que es lo que espero para enviarte la lista de obras que debo pedir; pero que necesito saber los precios de algunos, como por ejemplo de la Clínica de N. Gueneau de Mussy.

No me has dicho si por fin se graduó Fernández, y qué tal quedó.

Cumplí tu encargo de enviar un saludo al Señor Dr. Ríos.

Salúdame mui cariñosamente al Doctor.

Tu amigo que desea abrazarte

Hernandez

XVIII

Isnotú, febrero 18 de 1889

Señor Santos A. Dominici

Caracas

Muy querido amigo: recibí tu carta 18ª, y con ella van dos cartas que me hacen una alegría muy grande; la anterior me participaba la muestra de cariño y respeto que los estudiantes le dieron al Doctor, y esta de ahora me trae la noticia de la buena impresión que has dejado en el ánimo de tus tíos; ya te tengo dicho mi opinión, que hoy se ha arraigado muchísimo más, puesto que tu carácter los ha dejado agradados; y no creas que es cosa común el sentimiento que has producido en ellos: nó, al contrario.

No sabía que habían pasado el proyecto del hospital a otro terreno que al de Palo-Grande; seguramente esta noticia me la das en alguna de las dos cartas que se perdieron; tampoco sé hacia qué lugar queda el cementerio de que me hablas; mas, comprendo que era mucho mejor el terreno de antes, y además había tranquilía para que los médicos, estudiantes, enfermos, etc. pudieran ir sin mayor dificultad; además de que indudablemente habrá de estar más cerca de la ciudad. Respecto de lo que dices que no te parece que se haya cedido a influencias, no me extrañaría que así fuera, porque toda la vida no he visto otra cosa.

Me extrañaría que fuera Rísquez el de la idea de las penas correccionales ¡Santo Dios! penas correccionales, como quien dice, caminar hacia atrás. Ahora particularmente que estando la Universidad tan bien servida, de seguro que los estudiantes no necesitarán de ningún esfuerzo para que cumplan con su deber; recuerdo que Elías Rodríguez decía que del catedrático dependía que los alumnos fueran a la clase.

Y ahora que hablo de Universidad, recuerdo que estando en Mérida fui a visitar la de allá; ciertamente, la impresión que tuve fué tristísima: aquello da histerismo a las personas predispuestas; no me queda duda que están los estudios mui mal, particularmente los de medicina y los de matemáticas; parece que lo único que se estudia bien allí es el derecho.

He estado compadeciendo al pobre Meier durante su hora de calvario en la clase de química: el catire aunque parece arrojado es más bien tímido, y tiene una antigua y extremada propensión a volarse; todo depende de que tiene un fondo de modestia que siempre lo ha hecho mui simpático a todo el curso.

No es de ahora que se dice eso de traer profesores de Europa, y cuando vino Guzmán tú debes recordar que también se corría lo mismo.

Por fin como que va a suceder lo que tanto habíamos temido: me dijo un amigo que en el gobierno de aquí se me ha marcado como godo y que se estaba discutiendo mi expulsión del Estado, o más bien si me enviarían preso a Caracas; yo pensaba escribirle a tu papá para que me aconsejara en qué lugar de oriente podré situarme, porque es indudable que lo que quieren es que yo me vaya de aquí; sin embargo no le escribo porque, como no tengo seguridad en el correo y a él le tendría que escribir en letra ordinaria, (*) correría mucho peligro. ¿Si me echan de aquí a dónde voi? esta es mi duda.

Como tú comprendes, sin que yo haya dado lugar a nada, porque solamente me preocupan mis libros.

Le escribí al Dr. González diciéndole que me quiero ir y le dejo entender el motivo; y le hago a él la misma pregunta.

Contéstame lo más pronto que puedas y me dices la opinión de tu papá; aunque si aquí apura la cosa yo me iré a Caracas y allá decidiremos el remedio.

¿Qué te parece?

Cariños a todos: tu amigo que te abraza

Hernandez

(*) *Estos párrafos están escritos en letra cursiva alemana.*

Fern de Bibliotheca

Nacional

L. A. W. G.